
R. CORTIEL
SS
SERVICIO SECRETO
DONALD CURTIS
TE VERE EN LA MORGUE

DONALD CURTIS

Te veré en la morgue

1.ª EDICIÓN
NOVIEMBRE-1959



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPÓSITO LEGAL B -1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
552. — El jinete del Arco Iris. 562. — Matar es mi destino. 579. — Hijo de la venganza.

En Colección SERVICIO SECRETO:
479. — El signo del dragón. 470. — Divórciate y muere. 474. — Requiem por mí.

En Colección BUFALO:
264. — Cara de niño. 283. — Extraño en el infierno. 295. — Trampas.

En Colección PANTERA:
8. — La carga del Llano Rojo. 35. — Rancho Perdición. 43. — Destino muerte.

En Colección TEXAS:
115. — Una cuerda para Logan. 138. — Los furiosos. 176. — Es mi venganza.

En Colección CALIFORNIA:
121. — Un alto forastero. 128. — La espía del Sur. 143. — El más rápido "Colt".

En Colección COLORADO:
22. — La herencia del "Colt". 47. — La dama de Santa Fe.

En Colección KANSAS:
7. — Doctor "Colt".

En Colección ASES DEL OESTE:
11. — Violencia en el Cimarrón.

Te vere en la MORGUE

POR

DONALD CURTIS



PRÓLOGO

Aquellos *blues* comenzaban a obsesionarle.

Eran unas notas largas, melancólicas y sensuales de trompeta. Rasgaban, rompían la noche como, si estuvieran formadas por el mismo metal del instrumento, pero afiladas y duras, incisivas y crueles.

El calor también era obsesivo. Pero no tanto como la solitaria trompeta y el fondo de piano negroide. Tecleteo y estridencia, se unían en un concierto alucinante, mientras un hombre huía a la muerte.

El hombre era él. Y la muerte estaba cerca. Demasiado cerca. Acaso más aún que las vibraciones somnolientas y estremecidas de calor y pasión de aquella trompeta negra, vibrando entre morenos dedos en cualquiera de los garitos o clubs situados a sus pies.

Eddie Wynter se detuvo entre dos letras del gigantesco luminoso parpadeante. Tan pronto se sentía en tinieblas suaves y acogedoras, como en luz verde, azul y roja, de un lívido electrizante y feroz, que borraba de sus retinas la visión de una calle situada treinta pisos más abajo.

Y la música continuaba. En alguna parte, gentes sin prisas ni temor bailarían ese ritmo lánguido, reptando por un suelo sus pies cadenciosos, ceñidos a la figura del acompañante, dejándose resbalar por la pista con la misma morbosa, delectación del lento y cálido blue negro.

Eddie Wynter se pasó la mano por el rostro. La retiró bañada en sudor. Pero a pesar del agobiante clima estival, el sudor era frío, helado, como la misma Muerte que rondaba en busca suya. Allá abajo… o quizá arriba, allí mismo, cerca de él. Entre las azoteas y luminosos de Harlem…

Eddie Wynter se apoyó a una colosal letra L, mirando al vacío. Abajo, una vía de luz, ruidos, personas y vehículos de incesante

paso, pareció oscilar ante sus ojos. Sin embargo, se mantuvo firme, erguido en el mismo borde de la azotea.

Una sirena aulló muy cerca. Eddie se estremeció ligeramente. No sentía miedo, pero sabía que su tiempo se iba reduciendo. Pronto le rodearían por todas partes. Irían a cazarle. Despiadada, ferozmente…

No sabía si acudir a su encuentro y dar por terminada la imposible escapatoria. Pero no era sólo la policía, También estaban… ellos.

Hubiera renunciado a toda esperanza y a toda posibilidad de salvación. Por él, ya no merecía la pena seguir luchando. El cerco era tan completo, la telaraña tan sutil y tupida, que era inútil intentar desenredarse, hallar la libertad, la luz capaz de apartar de su alrededor el tenebroso cerco que le encerraba.

Pero estaba ella.

Ella…

Aún podía recordar sus palabras. Resignadas, amargas y dolorosas:

—Eddie, procura escapar tú. Del modo que sea. Defiende cada minuto de tu libertad…

Y él había contestado:

—¡No! Me quedaré a tu lado… Correremos la misma suerte…

—No, Eddie. Eso no es posible. Sería como renunciar a la lucha, a la vida misma… Estamos perdidos los dos, tú lo sabes. Sólo queda un camino: hallar la verdad, demostrar que no somos culpables. En otro caso, la silla eléctrica será nuestro final.

—Si yo marcho, serías tú quien fuera a la perdición. Sola…

—No estaré sola, Eddie. Sé que no lo estaré. Me acompañará mi fe en ti. Porque tú puedes encontrar el rayo de luz que necesitamos. En alguna parte tiene que estar la verdad que buscas. Cuando la encuentres, todo se habrá arreglado para nosotros.

—¿Tanto confías en mí? En todo este tiempo, nada he conseguido…

—Pero si te dejas apresar, jamás lo lograrías ya. La libertad de movimientos es tu único recurso. Y el mío. Eres inteligente y audaz, Eddie. No te detengas ante nada —le aferró por los brazos y le miró a lo más profundo de los ojos. Con miedo, con desesperación en las pupilas brillantes e inquietas. Pero también con amor y con ternura

—. ¿Me oyes? ¡Ante nada! Busca, indaga, da con la explicación de todo esto… ¡Sácame entonces del pozo donde voy a caer!

—Pero es una lucha desigual. Todos están contra nosotros… Y si no… ¿Y si no consiguiera nada? ¿Y si la policía me arresta, me dispara… o son ellos los que me dan caza? ¿Qué ocurrirá, entonces?

—No sufras por mí, en ese caso, cariño —ella le rozó dulcemente la boca con sus labios rojos y carnosos—. Nos encontraremos de todos modos. Nos encontraremos… en la Morgue…

Y ésa había sido la despedida. Hasta la salvación… o hasta la Morgue. Hasta la vida y la felicidad mutua… o hasta la fría losa del Depósito Municipal de Cadáveres de la ciudad de Nueva York.

La sirena había dejado de sonar por unos momentos. Pero no la trompeta. Y Eddie no sabía cuál de los dos sonidos metálicos resultaba más enervante y agotador para los nervios de un ser humano.

Se apartó del luminoso cuando las sirenas volvieron a sonar, esta vez en la misma amplia calle, cruzada por mil elegantes negros de claros e impecables trajes.

Sin duda, alguien le había visto penetrar en el edificio de apartamentos. También alguien podría decirles, cuando los agentes de Homicidios entrasen, que había subido a los últimos pisos. Y allí empezaría la cacería entre las azoteas, en un bosque inextricable de luminosos, chimeneas, hierros y alambradas de separación.

Eddie echó a correr por la cornisa, no demasiado ancha. Rehuyó las luces de los grandes rótulos que silueteaban sus letras de color sobre el fondo negro-azul de la noche en la gran ciudad.

Saltó de una azotea a otra. Nuevas sirenas sonaron en la calle. Sin duda confluían diversos coches en la misma vía. Uno o dos haces de luz proyectaron su cono luminoso, blancuzco, a las alturas. Los proyectores de los coches-patrulla funcionaban ya.

Eso sólo significaba una cosa para el fugitivo: el terreno de fuga se reducía por momentos. Le habían localizado en Harlem. En la calle, en la manzana… Rodearían ésta, y todo habría terminado. La rendición o la muerte bajo las balas de las pistolas de la policía metropolitana.

Eddie parecía tener alas en los pies. Pero lo cierto es que no las tenía y no podría salvar el abismo de la calle, entre manzana y manzana de edificios. Podía correr cuanto quisiera, pero siempre en

torno a un mismo sector: el de aquellos edificios.

Sin duda, en algún patio, interior era donde daban las ventanas del club o recinto donde tocaban los *blues*, porque nuevas oleadas de música negra, como una evocación sonora del Nueva Orleáns negro y sensual, le hirieron los irritados oídos.

Se los cubrió con las manos, pretendiendo huir a aquella música obsesiva. No lo logró.

Avanzó un poco más. La música era densa, cargada, sonora en aquel punto. Estaba al borde de un patio interior. Había ropa colgada en las azoteas. Ropa limpia, pero poco costosa.

Se inclinó hacia el patio. Se derramaba luz de varias ventanas. Todas aparecían abiertas, con la luz hiriendo a trechos el zigzag metálico de las escaleras de incendios.

Eddie Wynter creyó ver las notas musicales, sólidas y con forma física, brotando de una de las ventanas. Tal era la agudeza de la trompeta, el tecleo profundo y cálido del piano. El ritmo, era somnoliento, narcótico para los sentidos…

El fugitivo, sin advertir siquiera lo que hacía, como una serpiente atraída por la música, se encontró bajando los tramos de hierro de la escalera de emergencia. Pasó frente a una ventana abierta y oscura, tras la cual alguien roncaba estrepitosamente. En otra, una madre negra adormilaba a un niño; en otra, unos amigos de tez caoba jugaban al póker, envueltos en humo, con las camisas blancas bañadas en sudor, y rodeados de botellas vacías. En otra ventana, una mulata de figura cimbreante se desvestía frente a un espejo, y miraba con súbito asombro al intruso que cruzaba frente a su ventana. Pero no gritó nadie, le viesen o no.

Eddie se detuvo frente a una de las ventanas, precisamente aquella de la que juzgó que salía la música.

Y no se había equivocado. Allí estaban los músicos, allí la cadencia armoniosa y dulzona del blue, era tan intensa, tan embriagadora, que emborrachaba. Como un vaso de absenta o una botella de ginebra. Pero más dulcemente, más pegajosa y sutil…

Un negro alto y adormecido bebía *whisky*, sentado en el alféizar. Al verle aparecer, le miró con cierto asombro, para enseguida volver la indiferencia a sus redondos ojos.

—Hola, amigo —saludó, perezoso, entornando los párpados.

—Hola —saludó Eddie.

—¿Le gusta la música, eh?

—Sí. Mucho.

—Es buena —suspiró, arrobado, como paladeando cada nota de la infernal trompeta, del cálido piano—. Muy buena, amigo.

—Sí. Es buena.

—¿Quiere entrar?

—Me gustaría. Pero no es mi sitio.

—¿Qué le pasa? ¿No le gustan los negros?

Se había vuelto a desperezar y le miraba con sus grandes ojos abiertos, entre irritados y doloridos. Tras él, una estancia azulada por el humo y la atmósfera pesada. Y entre la bruma, parejas de trajes chillones, de colores vivos en contraste con el achocolatado de la piel y el negro grasiento y ensortijado de los cabellos masculinos y femeninos. Un trompeta grueso y sensible como Armstrong, y un pianista rítmico como Duke Ellington, formaban la orquesta.

—No es eso. Yo soy quien puede no gustarles a ustedes.

—No diga tonterías, amigo —bostezó el negro—. «Sé bien venido y baila». Es la máxima de Joe «Rythm» Jack. Y no recuerdo que diga nada del color de la piel. Ésas son cosas que han inventado ustedes.

—Cierto, amigo. Son cosas nuestras.

Eddie sonrió y saltó el alféizar limpiamente. Le pareció que hacía mal, muy mal. Abusaba de la buena fe y de la confianza del negro. Se volvió a él.

—Yo soy…

—No me importa, amigo, quién sea usted —rió el de color, sorbiendo un trago de *whisky* como entre sueños—. «Sé bien venido y baila»… Joe «Ritmo» Jack es el de la trompeta, ¿sabe?

—Sí, gracias. Pero yo quisiera decirle que…

—Vamos, no diga nada. Deje que escuche esa música. Escúchela usted también. Es miel, es azúcar… ¿verdad, amigo? Ande, baile. Baile con alguna chica. Las hay que no son muy negras… Irán bien para usted. Me gusta tener amigos blancos. A Joe también le gustará…

Eddie suspiró. Era inútil explicarle ni decir nada. Aquellos melómanos no querían oír otra cosa que música. *Blues* hasta emborracharse. Embriaguez de melodías negroides. Casi se sentía ya

mareado él mismo, nada más dos pasos en la brumosa estancia repleta de negros y de sonidos.

Joe «Ritmo» Jack le sonrió desde el tablado, al hacer una tregua y secarse los labios con la lengua. Sin duda, era cierto aquello. «Sé bien venido y baila».

Las parejas no le miraban. Ellas se apoyaban en ellos.

Y ellos parecían apoyarse en sí mismos o en el aire cargado de humo y de olor a sudor de piel morena.

Las sirenas ya no se oían allí. Tampoco se veían policías ni focos de luz. Parecía estar a salvo de todo y de todos. No era cierto, pero confortaba creerlo así.

—Hola, amigo. ¿No bailas?

Eddie se volvió, con un leve respingo. No sentía prejuicios raciales ni consideraba interior o diferente a ningún hombre de color. Eran hombres, seres humanos como él.

Y aquella muchacha lo era. No era negra del todo. Sin duda a chicas como ella se refería el negro de la ventana. Una mulata cuya piel tenía un tono bronceado casi blanco. El de cualquier neoyorquina que hubiese tomado el sol unos cuantos días en Long-Beach.

Le sonreía dulcemente, con unos labios carnosos y amables. Era bonita y tenía la figura sinuosa y esbelta de las de su raza. El cabello, aunque oscuro, era solamente ondulado, sin el ensortijado de las demás. La seda blanca de su vestido se amoldaba a su cuerpo joven como una segunda piel, y el resultado era inquietante.

Pero Eddie no estaba para admirar mujeres, por lindas que fuesen. Asintió, con una sonrisa.

—Sí, bailo —extendió sus brazos y la tomó en ellos.

La muchacha olía a un delicado perfume, tenue y tonificante, en aquel calor denso y adormecedor.

—¿Eres blanco? —le preguntó ella de repente, imprimiendo al baile una vivacidad que contrastaba con la languidez de los demás.

—Sí. ¿Acaso no se nota?

—Hay blancos como tú, cuya sangre es negra como la mía.

—Yo, no. Soy blanco.

—¿Y por qué bailas conmigo?

—¿Acaso no debo hacerlo?

—Me gusta que lo hagas. Pero muchos no lo harían. Soy una

negra.

—Eso me tiene sin cuidado.

—Si algún blanco te viese… te despreciarla.

—O yo a ellos —rió dulcemente Eddie—. El que piensa así, no daña con su desprecio. Inspira asco.

—Eres extraño.

—¿Porque bailo contigo, tal vez?

—Sí. Y por las cosas que dices. ¿Cómo te llamas?

—Eddie.

—Es bonito.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu nombre?

—Marga.

—También es bonito. ¿Tu padre es blanco?

—Lo era. Murió cuando nacía yo.

—Oh, lo siento.

—No le conocí —sonrió ella—. Pero mamá dice que era muy bueno.

Seguían bailando el blue. La música ya no era angustiosa ni enervante. Casi suponía un alivio, un sedante.

—¿Quién es Joe «Ritmo» Jack? —preguntó de pronto Eddie.

—El trompeta.

—Sí, ya lo sé. Me refiero que quién es, y por qué da esta fiesta.

—Toca en un *night-club* de Chicago. Ha venido a ver a sus padres, porque es su cumpleaños. Y ha dado esta fiesta a los amigos. Todos hemos venido. Joe es muy bueno.

—Lo supongo. Por eso debo irme, Marga.

—¿Irte? ¿Hace mucho que estás aquí?

—Acabo de llegar.

—¿Entonces…? —Se detuvo, decepcionada—. Comprendo. No te gusta bailar conmigo. Vete. Puedes bailar con otra chica. A mí no me molestará, Eddie.

—No es eso, Marga. Tengo que irme porque yo… yo no soy un invitado de Joe.

—¿Y eso qué importa? Joe no invita. Todos venimos porque le queremos. Tiene muchos amigos. Todo el mundo es su amigo. Tú también.

—Yo también, sí. Pero he de irme. No soy bueno.

—Claro que eres bueno —sonrió ella dulcemente—. Bailas

conmigo, hablas bien de nosotros. Eres amigo nuestro. Eres bueno, Eddie.

—Escucha, Marga; para ti, todo el mundo es bueno. Admiro tu propia bondad y buena fe, Marga. Pero yo no soy como tú crees. La policía me persigue.

—¿La policía? —Ella abrió mucho los ojos.

—Sí. No he hecho nada malo, te lo aseguro. Pero ellos creen que lo hice. Si me quedase aquí, los perjudicaría a todos. A Joe, especialmente. Creerían que él me ocultaba.

—Pero la policía no va a llegar y…

En aquel momento, se percibieron pasos sonoros en los peldaños metálicos de la escalera. Eddie se puso rígido. Sobre el sonido de la música negroide, se sintió el timbrazo áspero y breve de la entrada, seguido de un golpeteo de nudillos en la madera.

—Ya están ahí —susurró Eddie, muy pálido—. Es tarde, Marga. Siento de veras que os pueda ocurrir algo por mi causa y…

—¡Espera! —musitó ella rápidamente—. Todavía no está todo perdido…

Le cogió por una mano, tirando de él hacia el estrado. El trompeta les miró con su cordial expresión de siempre. Marga le hizo una seña. Joe «Ritmo» Jack se inclinó, y escuchó lo que la mulata le decía en voz baja al oído. Asintió, mirando a Eddie con fijeza.

Debió satisfacerle su examen, porque rápidamente hizo una seña a un negro joven, que escuchaba, y éste tomó la trompeta de sus manos. Volvieron a llamar, sin que nadie acudiera a abrir. Los pasos por la escalera trasera se acercaban más y más…

Joe, entretanto, se bajó del estrado y desapareció en una puerta contigua. Reapareció casi en el acto, trayendo algo incongruente y divertido entre sus morenas manos: una máscara de goma y unos guantes.

La máscara era la graciosa faz de un negro, con el rizoso cabello imitado en la propia goma. En forma de capucha, se ajustaba perfectamente a la cabeza. Los guantes, eran de una materia plástica, muy delgada y adherente, igualmente negros.

—Póngaselos, amigo —dijo el trompeta—. ¿Sabe tocar algo?

—Un poco el piano.

—Bien. Suplirá al pianista. Y hágalo lo mejor que pueda. Ahora

abriremos.

—Pero advertirán el disfraz… —objetó Eddie, desconcertado.

—Mire, amigo, para los policías, ésta será una fiesta de negros. Buscarán un rostro blanco y nada más. Todos seremos iguales a sus ojos, entre la neblina del humo y el calor. Apuesto diez contra uno a que es así.

—Van apostados —suspiró Eddie, calzándose la máscara y los guantes, al tiempo que corría al estrado—. Pero si gano, tendrá que pagarme en la Prisión del Estado, Joe…

El pianista, a un gesto de Joe, dejó el instrumento a Eddie, con una sonrisa tan blanca como el teclado. «Ritmo» Jack recuperó su trompeta en el momento en que abrían la puerta, y cuando ya el negro de la ventana estaba hablando perezosamente a un policía aparecido, revólver en mano, en la escalera de incendios.

—¿Cómo dice, agente? ¿Un hombre blanco por esta ventana? Pues mire, he visto elefantes color de rosa, ratones como caballos y murciélagos vestidos de blanco, pero ni por asomo una cosa así. Todavía no debo estar lo bastante borracho…

Suspiró, y se encaminó a las botellas, para servirse otro vaso de *whisky*.

Por la puerta, varios agentes penetraron, comenzando a revisar a los presentes con cuidadosa atención.

Eddie tocaba incesantemente. También Joe «Ritmo» Jack, que saludó a los policías como si su visita fuera lo más natural del mundo. Eddie no alzó su cabeza del teclado, pero tampoco se ocultó, sino que seguía el ritmo con el cuerpo y los pies.

Cuando un uniforme azul se plantó junto a él, el piano y el suelo temblaron.

—¡Peste, qué calor y qué humo! —rezongó un policía—. ¡Y qué música! Oiga, pianista, ¿no saben tocar algo más movidito que eso?

Eddie soltó una risotada bronca, sin alzar la cabeza, y aligerando un poco el ritmo.

—Eso está mejor —gruñó el agente, siguiendo su camino—. Mucho mejor, negrito.

Eddie respiró hondo. Casi se hubiera dejado caer sobre el piano, rotos los nervios. Pero supo resistir hasta que se fueron los policías.

Después, rodó sobre el teclado. El calor, la música, la tensión, nerviosa y todo lo demás, le habían roto por completo.

—¿Te encuentras mejor, Eddie?

No era la voz de ella. No podía serlo, claro está. Ella estaría a estas horas en la Prisión del Estado o en Jefatura, sometida a interrogatorios durísimos. Pero ¿quién podía ser la dueña de esa dulcísima y pastosa voz que sonaba a su oído?

La vio ante sí. Bronceada, morena, de carne cálida y firma. De prieta figura sensual. La recordó en el acto. Y con ella, todo lo demás.

—¡Marga! —exclamó, incorporándose—. ¿Qué ha sucedido?

—No te preocupes. Estás a salvo. De momento, claro está… —señaló a la ventana, por la que entraba la luz de un luminoso cercano, Parpadeante y verdoso—. Los policías aún están por ahí. Rodean las casas y las calles.

—Me… Me desvanecí… —Miró a la habitación, limpia, poro humilde. Y el lecho en que estaba tendido. Miró a Marga—. ¿Quién me trajo hasta aquí?

—Joe y otros amigos. Yo con ellos. Te acostamos. Te dieron algo fuerte, que te bebiste sin recuperar el sentido. Poco después, dormías tranquilo. De eso hace cinco horas.

—¡Cinco horas! ¡Entonces estará a punto de amanecer!

—No aún —ella señaló un reloj despertador, sobre un mueble—. Son las tres en punto, Eddie. Falta aún más de una hora para que claree el cielo.

—Pero tengo que salir de aquí, Marga. ¡Tengo que irme!

—Siempre tienes que irte a algún sitio, Eddie.

—Es que cada minuto, cada segundo, son preciosos. Puedan ser mi vida… o mi muerte. Y la de otra persona.

—¿Otra persona? ¿Una mujer?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Lo sospeché —los ojos de ella se oscurecieron—. Eso explica tus prisas. ¿Es tu mujer?

—No.

—¿Tu novia?

—Pues… sí, algo así, Marga. Es una historia muy larga de contar. Y difícil. Muy difícil.

—¿Por qué no me la cuentas, Eddie? Si sales ahora, la policía te cogerá. Tal vez de día se hayan marchado, pensando que te escurriste de sus dedos, como si fueras agua.

—Vaya, no eres tonta —suspiró Eddie—. Creo que a ti y a Joe os debo todo. Sí, Marga, voy a contártelo todo. Verás. Todo empezó un día, en mi oficina…

CAPÍTULO PRIMERO

—Estoy convencido, Wynter. Ella me engaña. Hace tiempo que me engaña, lo sé. Y quiero descubrirla de una vez para siempre.

Eddie Wynter no, respondió de momento. Se limitó a extraer humo de su cigarrillo, expeliéndolo después en lentos cercos que parecían reptar hacia el techo de la oficina.

—¿En qué se funda para crear eso? —preguntó al fin—. Linda parece una buena chica.

—Posiblemente lo sea. Pero me esconde algo. Y las chicas como ella tienen un concepto muy ligero del matrimonio, usted lo sabe.

—No comparto su criterio, Lamont. Las chicas de teatro podrán tener sus defectos, como todo el mundo. Pero no todas son como usted las imagina.

—Bueno, después de todo, usted vive de este mundo. Es natural que las vea de otro modo a como son en realidad.

—Si tan mal las juzga, ¿por qué se casó con una chica de teatro?

—Oh, uno comete errores en la vida —Burt Lamont se encogió de hombros—. Cuando me metí en los negocios del espectáculo, creo que me cegaron las bellezas del escenario. No era ya ningún pajarillo inexperto, ni siquiera era mi primera boda, pero Linda me cautivó. La creí diferente a todas. Es bonita e inteligente. Me casé con ella. Pero no tengo por qué seguir ligado a una chica así toda mi vida. Estoy harto, Wynter.

—¿Y por eso busca un pretexto para separarse?

—¡No! ¡Demonio, usted no me entiende, o no quiere entenderme! —Se irritó Burt Lamont, tirando, su cigarro a uno de los ceniceros de Eddie—. Le digo que estoy harto de las frivolidades de Linda.

—Linda es una estrella frívola en Broadway, Lamont. Y lo ha seguido siendo porque a usted le ha convenido su nombre al frente de su teatro y de su revista. Ella lleva dinero. —Eddie Wynter le

señaló con un dedo acusador—. ¿Qué esperaba de ella? ¿Qué fuera una colegiala en ese ambiente?

—No me refiero a las frivolidades en el escenario, o sus poses en las fotografías y afiches de publicidad. Eso son gajes del oficio y yo no soy ningún puritano. Estoy refiriéndome a su vida privada.

—Nadie puede decir nada de la vida privada de Linda Lamont.

—Usted la defenderá siempre. Es su amigo y su agente artístico.

—¿Y qué, si soy todo esto? —Agresivamente, Eddie aplastó el cigarrillo y clavó sus ojos grises y fríos en su visitante—. ¿Pretende sobornarme para que diga una mentira? Conozco bien a su esposa, Lamont. Y el hecho de que usted se pase veintisiete días del mes ausente de Nueva York, sin preocuparse de ella, no ha variado la lealtad de Linda para con usted. Si está realmente arrepentido de haberse casado, no puedo discutírselo. Pero que ante todo el mundo se comporta dignamente, es algo que no admite dudas. De modo que por ese lado va mal, Lamont. No será con esas acusaciones como logrará la separación.

—No pretendo separarme —gruñó acremente el otro—. No, mientras linda me sea fiel. La quiero, y me gustaría conservarla. Eso es todo. Por eso he venido a usted y no he ido a un detective privado o cosa por el estilo.

—Está a tiempo de hacerlo. Los detectives privados no hacen milagros. Se limitan a sacar de donde hay, pero nunca de donde no hay.

—Debe saberlo usted bien, ¿no es cierto? —rió Burt.

—Sí. Por algo lo he sido durante varios años.

—Y perdió su licencia porque le sedujo una dama a la que usted seguía por orden de un cliente, metiéndole en un buen enredo, ¿no es cierto?

—Ésa es una vieja historia —gruñó Eddie—. Ella era una rubia estupenda, y otros hubieran caído igual que yo. Cuando se es demasiado joven se cometen errores, por muy detective que se sea. Hoy, ninguna rubia me provocaría, Lamont.

—No hable muy alto. El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra.

—Una cita muy ingeniosa. Si no tiene más que decirme, será mejor que me deje resolver otros asuntos más importantes. No soy sólo agente artístico de su esposa, sino de otras ciento y pico de

figuras, «starletts» y coristas, a quienes he de cuidar por igual. ¿Por qué ha venido a mí para hacerme confidencias sobre su mujer, Lamont?

—Precisamente por eso: porque usted es su agente, y no es un chico tonto —se inclinó hacia él, mirándole fijamente—. Este trabajo da para ir viviendo, pero nada más.

—¿Y qué? —La fría mirada de Eddie no se apartó del magnate de los espectáculos.

—Yo podría nombrarle agente exclusivo de mis programas, hacer de su oficina la más importante de todo Broadway, con ingresos de miles de dólares mensuales.

—No lo dudo. ¿A cambio de qué?

—De una pequeña ayuda en este caso. Vigilar a mi mujer de cerca, tratar de proporcionarme alguna prueba que…

—No siga —se incorporó Eddie. La expresión de su rostro era granítica y la boca se apretujaba en una línea recta y dura. Señaló la puerta fríamente—. Buenos días, Lamont.

—Echarme de su oficina puede traerle muy graves consecuencias, amiguito —dijo con tono ominoso el visitante, incorporándose y recogiendo de la mesa el sombrero de mezclilla gris y marrón, que ajustó sobre sus cabellos, que empezaban a encanecer en las sienes—. Una palabra de Burt Lamont tiene mucha fuerza en Broadway…

—Y un puñetazo de Eddie Wynter tiene mucha más en todas partes —rió huecamente el joven agente artístico, enarbolando su puño a guisa de ejemplo—. Adiós, Lamont.

El financiero teatral no respondió. Su alta, arrogante y bien vestida figura, se alejó hacia la puerta de cristal esmerilado. La mano derecha, enjoyada y blanca, apretaba con fuerza el puño de ámbar de su bastón negro.

Pero aún, al mover hacia sí la puerta, se volvió despacio, clavando su fría mirada en Eddie, y concluyó:

—Nos veremos de nuevo, Wynter.

Antes de que Eddie hubiera podido replicar con una imprecación malsonante, ya el famoso productor teatral había desaparecido con vivo paso, cerrando tras de sí de un portazo.

—¡Viejo bribón! —farfulló Eddie, irritado—. Cree que puede comprarlo todo con sus millones. Incluso conciencias y

dignidades…

El teléfono vibró. Era un empresario de provincias, pidiendo dos chicas para conjunto. Tenían que bailar bien, ser más bien altas y rubias y saberse el repertorio clásico de operetas americanas.

Eddie consultó el fichero y eligió a dos criaturas que harían las delicias del público provinciano. Zanjado el asunto, se retrepó en el asiento, con un suspiro.

Volvió a pensar en Burt Lamont y en su pretensión sobre Linda. El viejo sátiro se habría encaprichado seguramente de alguna otra, damita y querría tener las manos libros. Podía pedir el divorcio de Linda, pero si ésta lo aceptaba, sería a fuerza de dinero.

Por eso elegía el camino torcido: las pruebas de una pretendida infidelidad, para de ese modo ahorrarse toda la cantidad y lograr de forma rápida y sencilla la separación.

Así era Burt Lamont, el productor más importante de Broadway. Eddie sentía náuseas frente a tipos semejantes.

Estiró la mano y alzó el receptor. Marcó un número. Cuando se puso una vez al otro extremo, preguntó:

—Con la señora Lamont, por favor.

—¿De parte de quién? —interrogó la voz femenina.

—De su agente artístico, Eddie Wynter.

—¡Eddie, qué grata sorpresa! —rió la voz de mujer alegremente —. Soy yo misma.

—Sí, lo suponía.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes algo importante que decirme? ¿Un contrato en Hollywood o en Las Vegas?

—Ni una cosa ni otra. Pero si te interesa tanto Las Vegas, dímelo. Creo que podré contratarte junto a Frankie Laine, en el «Hotel Sands».

—No, no, tonto —volvió a reír la voz de Linda Lamont—. Era broma. Y hablando en serio; ¿ocurre algo nuevo?

—Sí.

—¿Qué es ello?

—No se puede decir por teléfono.

—¿Estrictamente confidencial?

—Estrictamente confidencial. Y sin bromas, Linda.

—Me asustas, Eddie.

—Más te asustarás cuando sepas lo que es. ¿Dónde podría verte

ahora?

—Si estuvieras aquí, me verías en la ducha —rió ella—. Pero sospecho que no iba a dejarte entrar, por muy agente artístico mío que fueras.

—¡Oh, Dios! ¿Es que no puedes hablar nunca en serio?

—Casi nunca.

—Necesito verte. Pronto, Linda. Y sin que nadie se entere de lo que voy a decirte.

—Bueno, hombre terrible. Pienso salir a almorzar a «Luchow's».

—¿Te gusta la comida alemana y la cerveza?

—Eso es. ¿Y a ti?

—No me disgusta. Allí nos veremos. Almorzaremos juntos.

—Eres un encanto, Eddie. Seguro que me pagarás el almuerzo, inclusive.

—No sé si me llegará para tanto con la comisión que recibo por tus contratos —respondió Eddie en el mismo tono Burton, colgando con gesto de leve enfado. Masculló para sí—: ¡Diablo de mujer! Jamás puedes hablar en serio con ella…

«Luchow's» es un bonito lugar de Nueva York que conoce el buen sibarita. Tras una considerable baja de su prestigio, debida a la guerra, y a la natural «germanofobia» de un noventa y nueve y medio por ciento de las poblaciones norteamericana e inglesa, ahora volvía a ser lo que siempre fue: un popular establecimiento donde se comían las mejores salchichas hamburguesas y platos típicos alemanes, rociados con la mejor cerveza.

Cuando Eddie dejó su pequeño coche en la esquina inmediata y entró en el local, Linda Lamont estaba ya sentada a una de las pequeñas mesas de «Luchow's», recubierta por un alegre mantel blanco y verde.

—Hola, Eddie —le saludó, señalándole la silla situada frente a ella—. ¿Qué vas a tomar? Yo he elegido ya.

Eddie lo hizo rápidamente, y luego se volvió a mirar a Linda. Ella clavaba sus luminosos ojos verdes en él. Estaba hermosísima con el descotado traje blanco ceñido al cuerpo opulento, y el gracioso turbante de igual color y tejido de seda, rodeando su rubia melena, oxigenada hasta el tono plata.

Bajo las pupilas color esmeralda pardusco, la recta nariz y la boca carnosa, sensual y muy roja, formaban lo más destacado de su

ovalado rostro, indudablemente bello e interesante hasta el exotismo.

—Y bien, Eddie. Estoy esperando tus explicaciones —dijo lentamente ella.

—No es fácil de contar lo que me ha hecho llamarte, Linda.

—¿Vas a declararte a mí? —sonrió la «estrella» de Broadway burlonamente—. Si es así, te recuerdo que aún estoy casada, aunque no lo parezca.

—Ya te dije que era serio. No sigas tomándolo a broma, Linda.

—Está bien, habla. Te escucho con mi mayor seriedad. ¿Satisfecho así?

—Sí. Precisamente es referente a eso que acabas de mencionar. Estás casada, Linda.

—Claro. Que yo sepa, desde que me uní en matrimonio a Burt Lamont.

—Yo te pregunto ahora: ¿Has cometido algún desliz, alguna imprudencia?

—¡Eddie!

—Perdona si te ofendo, pero no es momento de andar con simplezas. Repito: aunque haya sido involuntariamente, ¿hay alguna ligereza tuya por la que puedas sentirte preocupada?

—Naturalmente que no, Eddie —el rostro de la cantante se oscureció un poco—. Empiezas a intrigarme. ¿Qué es lo que sucede?

—Tu marido anda husmeando.

—¿Eh?

—Quiere pruebas, datos que confirmen tu infidelidad para con él.

—¡Pero si eso es absurdo! Jamás he faltado en nada a Burt, pese a que lo ha merecido mil veces.

—Pues él no piensa igual. O no quiere pensar, que no es lo mismo, pero cuyas consecuencias son idénticas. Le haría feliz divorciarse de ti.

—¿Por qué?

—No se lo he preguntado. Supongamos que porque se ha cansado de ti. O porque ronda a otra. Todo es factible en tipos como él.

—¡Burt detrás de pruebas para un divorcio! —musitó la joven, sin pasar a creerlo, a juzgar por su expresión—. Me parece mentira,

Eddie…

—Ha estado en mi oficina a sobornarme. Sabe que he sido detective privado y puedo indagar en las vidas ajenas con cierta facilidad. Quería pagarme lo que fuese con tal de que sirviera a sus propósitos.

—¡El muy canalla! ¿Y tú qué le has contestado?

—Creo que tengo un nuevo enemigo, y no soy precisamente de las personas que tienen pocos.

—Siempre fiel a la amistad, ¿no, Eddie? —sonrió ella, extendiendo una mano que oprimió cordialmente la de Wynter.

—No, me gustan las faenas sucias, Linda. La de tu marido lo es.

—Sí, Eddie —suspiró Linda gravemente. Ya no había alegría ni burla en sus ojos. Era una mujer preocupada, incluso temerosa—. Hace algún tiempo que me temía una cosa así. Acaso no tan baja ni tan cobarde. Pero nada bueno, en resumidas cuentas.

—¿Lo esperabas? ¿Por qué? Lamont siempre ha sido igual de despreocupado.

—No es eso, Eddie. Lamont no me enamoró jamás. Pero me pidió casarme con él, y supe que eso me daría lo que yo deseaba: posición, dinero, fama… Fui egoísta. Acaso ahora pago esa estupidez de entonces. Pero él, quería una esposa joven, bonita y capaz de que todos le envidiaran al ir a su lado. Así es Burt. Tampoco, me amaba él cuando nos casamos, Eddie.

—Lamont no es capaz de querer a nadie. Si acaso, al dinero y a sí mismo.

—Ahora, al parecer, no es así. Quiere otra mujer… o la novedad le ha pasado, y ya no soy yo su ideal.

—¿Qué quieres decir?

—Hay otra.

—¿Quién?

—Virginia Stern.

Eddie silbó, sorprendido.

—¿La «estrella» de la Televisión?

—Sí.

—No sabía nada. Y eso que tengo amigos en la TV. Y también artistas representados.

—También hay cosas en el mundo del arte, de las que Eddie no se entera —rió ella huecamente—. Ésa es una de ellas. Virginia

Stern es una mujer repulsiva.

—Y muy hermosa.

—Sí, ya sé. Los hombres veis las cosas muy distintas, en cuanto hay unas faldas por medio.

—¿Faldas? —Eddie soltó una risotada burlona—. Nunca se las vi a Virginia Stern.

—No, claro. Su especialidad es la serie de «La Mujer Leopardo». Y la tela de leopardo, cada vez más reducida en sus películas para la Televisión. Sabe que cuando no haga eso, no gustará a nadie. Sólo tiene sus curvas y su desvergüenza.

—¿Sólo por eso supones que Burt va a cortejarla?

—No. Sé que se ven a escondidas, que tienen puntos y horas de reunión.

—¿Dónde y cuándo?

—Eso no me lo han podido decir. Son muy cautos. Sin pruebas, para no comprometerse. Además, ella ha de cuidar mucho de sí misma. Si su marido, el director de «Telefilms» Earl Neumann, llegara a sospechar cualquier cosa, la hundiría profesionalmente, y ella lo sabe. Neumann es quien la ha convertido en alguien, dentro de la TV.

—Menudo enredo —silbó Eddie entre dientes—. El barro se acumula por momentos. ¿Qué piensas hacer, en ese caso?

—Vigilarle yo a él —anunció firmemente la joven, irguiendo la rubia cabeza con enérgica belicosidad. El movimiento hinchó la seda en su torso—. Veremos quién vence a quién.

—Cuidado, Linda. Él tiene su dinero y su falta de escrúpulos. Es una ventaja sobre ti.

—La mujer, como enemiga, puede ser también implacable.

—Y aun así, llevas las de perder. Vas a necesitar ayuda en todo esto.

—¿Ayuda? —Ella se encogió desdeñosamente de hombros—. ¿Y quién iba a dármela; Eddie?

—Yo, por ejemplo.

—¡Eddie! ¿Hablas en serio?

—¿Tú qué crees?

—Oh, Eddie, sería una imprudencia por tu parte. Tienes tu oficina, tu negocio. No te enfrentes a Lamont, te hundiría. Aunque fuese lo último que hiciera en su vida. Y tú no podrías defenderte.

—No temo a Burt. Ni a nadie, Linda.

—Conozco tu historial, Eddie —dijo ella con calor, apoyando su mano sobra el brazo de Wynter—. Sé que la amistad de una mujer te complicó la vida y te hizo perder la licencia de detective privado. No, me gustaría que ahora te ocurriera algo parecido con tu agencia artística.

—Aquél era otro Eddie Wynter. Más joven e inexperto. Y también eran otras circunstancias. Un detective privado se debe a la ética profesional con todo rigor, o la Ley cae sobre uno. A los policías no les gustan los detectives.

—¿Y los agentes teatrales?

—Está por ver —rió Eddie de buena gana—. No insistas, Linda. Te ayudaré. ¿Hay algún hombre que te corteje?

—¿Qué quieres decir?

—Si hay algún enamorado de ti, alguien de quien Lamont, a fuerza de dinero, pueda hacer un instrumento para sus fines.

—¿Le crees capaz de…?

—De todo en absoluto. Para él, un fin satisfactorio justifica los medios innobles.

—Tal vez tengas razón. Pues sí, hay un hombre que no me deja vivir de día ni de noche. Pero es un buen muchacho, y no creo que se dejara coaccionar por dinero ni amenaza de ningún género.

—¿Quién es?

—Johnny Powers.

—¿El galán cantante de tu revista?

—Sí.

—No me, gusta.

—¿De veras? —Ella le estudió curiosamente—. ¿Y ha de gustarte a ti?

—No, pero no me gusta. Acaso se sienta sinceramente atraído por ti. ¿Tú le haces buena cara?

—Somos buenos compañeros de trabajo. Y buenos amigos fuera de la escena. Nada más.

—Vale más así. Y no lo compliques. No aceptes ir con él a parte alguna.

—¿Por qué razón?

—Imagínate que te lleva a algún lugar solitario, escondido, poco frecuentado o de mala fama. Te sorprendería la facilidad con que

una cámara de excelente objetivo puede captar las fotografías más imprevistas y acusatorias, aun en el caso de no haber hecha nada reprobable. Esa prueba le bastaría a tu marido para la separación legal, sin derecho a compensación alguna.

—Eres demasiado suspicaz, Eddie.

—Soy un hombre que ha vivido demasiados casos de esa especie. Y siempre vi mala fe, insidia y perversidad. Te prevengo contra todo eso. Como agente profesional tuyo, y como amigo sincero. No aceptes ninguna amistad. No te dejes acompañar por nadie. Si eres inteligente y astuta, puedes ganarle la partida a tu marido.

—Bien. Estoy dispuesta a obedecer. ¿Y tú? ¿Qué es lo que harás para ayudarme?

—En primer lugar, vigilar de cerca a Burt.

—Eso es peligroso. Puede descubrirte.

—Mi querida Linda Lamont; ése ha sido mi oficio durante varios, años. ¿Crees que lo he olvidado tan fácilmente? Cuando yo no quiero que alguien sepa que voy tras él… ¡nunca lo sabe!

CAPÍTULO II

—Si hace eso, Lamont, me dejará al borde de la ruina.

—Cosa muy lamentable para usted, pero que a mí me tiene completamente sin cuidado, Dickson —manifestó con total frialdad el famoso productor teatral.

—¡Hemos sido socios hasta ahora en una serie de asuntos que a usted le reportaron todos los beneficios, y a mí sólo me dieron una insignificante parte en comparación! —aulló Kenneth Dickson, otra famosa firma en el Broadway multicolor del espectáculo.

—No haber sido un tonto, Dickson. Aparte de que usted sabía que asociándose conmigo, creció su prestigio y salía de mil apuros.

—¡Pero ahora me hunde de cabeza en un pozo al romper nuestra sociedad! Mi crédito, mis negocios todos, dependen de la continuidad de
«Lamont & Dickson».
Su nombre solo, puede seguir adelante. Pero sin el suyo, el mío se hundirá. Los banqueros me exigirán la devolución de créditos, los acreedores se me echarán encima para liquidar sus cuentas… ¡Es la ruina, Lamont! ¡Una ruina que usted no puede provocar deliberadamente!

—Mi querido Dickson, es mi firme propósito renovar mis futuras actividades y compromisos —le relató el productor—, cortés, pero duramente. —No, me importa si usted no ha sabido administrar su parte en el negocio y dar consistencia a su firma y a su fortuna personal. Creyó que yo, tonto de mí, iba a mantener esta sociedad indefinidamente, sin comprender que usted me fue útil cuando la formamos, por sus amplios conocimientos teatrales, pero no ahora, en que mi fortuna y mi propio nombre lo son todo.

—¿Es, pues, su última palabra?

—Es mi última palabra.

—¿Sin posibilidad de rectificación?

—Jamás rectifico.

—¿Sabe que por ésta sería capaz de matarle? —habló con voz trémula el obeso y estremecido Dickson, cuyas fofas carnes temblaban como gelatina encerrada en la clara tela de su traje veraniego.

—Dramatiza ridículamente, mi querido amigo —rió con tono despectivo Burt Lamont, incorporándose de su asiento en el «Theatre and *Show* Circle», de la calle Cuarenta y Dos—. ¿Ha copiado esa trágica y espectacular actitud de uno de nuestros actores del género clásico? Porque si es así, como histrión resulta usted de una mediocridad abrumadora.

—¡Le mataré, Lamont! —Silabeó el otro, temblando en su asiento, lívido y con los redondos ojos bizqueando en sus órbitas extrañamente—. ¡Le mataré por esta traición!

—Cuando las cosas se repiten con tan escaso ingenio, hasta las más dramáticas resultan aburridas y necias —declaró fríamente Lamont, dando media vuelta y alejándose hacia la salida.

Agitaba su inseparable bastón con un aire jovial y superior, mientras Kenneth Dickson era sacudido por epilépticos temblores en el asiento, incapaz de moverse, de reaccionar en alguna forma, moralmente derrumbado tras la violenta escena.

De una mesa contigua se incorporó un hombre. Echó a andar hacia la salida del club, como al descuido. Tras el alto respaldo de los asientos del Círculo, le había sido dado escuchar toda la conversación sin ser visto ni percibido siquiera.

Salió a la calle. Sus ojos la recorrieron con cautela. Vio despegarse de la acera un «Lincoln» verde y negro de aerodinámicas líneas. Rápido, Eddie Wynter saltó al interior de su pequeño coche, aparcado unas yardas más allá de la puerta del club.

Emprendió la persecución de Burt Lamont, con la habilidad y carencia de nervios del detective profesional. Sonrió de repente, tras el volante, con los ojos fijos en la parte posterior del «Lincoln». No había olvidado su oficio. Y se alegraba de ello.

El edificio de la «Eastern Televisión Corp.» se hallaba situado en un moderno edificio, estructura vertical y estilizada de cemento, metal y vidrio, cerca de Columbus Avenue, a la altura de la calle Sesenta.

En las pantallas, se presentaba un programa comercial,

patrocinado por los Alimentos de Betty Oxman, cuando Eddie Wynter se detuvo entre el público reunido en las salas de exhibición. Una gran pantalla receptora de los rayos hertzianos, ofrecía a los visitantes ocasionales de la poderosa emisora una reproducción amplia y nítida de su programa. Pero a Eddie no le gustaba la televisión, exceptuando los combates de boxeo o los programas de Lucille Ball y Desi Aznar. Bostezó, aburrido, en espera de que Burt Lamont reapareciese.

No era difícil suponer lo que Lamont iba a hacer en la E. T. V. C., popularmente conocida como Cabal 9. En el orden de programación, se anunciaba una emisión de diez minutos, presentando a la famosa «Mujer Leopardo», heroína de mil telefilms, y al nuevo productor del programa, el empresario teatral Burt Lamont.

Oficialmente, no suponía ningún indicio o prueba contra Lamont o la actriz de las pantallas de cristal. Para Eddie era un dato más. Linda tenía razón.

La exhibición de la «Mujer Leopardo» fue seguida con mayor interés por los ojos de Eddie. No por las dotes artísticas de la rubia y esplendorosa Virginia Stern, sino porque los modistos de la Televisión habían llegado a límites insospechados de equilibrio, al lograr sostener las dos reducidas piezas de piel de leopardo, sobre la carne broncínea y opulenta de *miss* Stern. A cada momento de sus inverosímiles luchas entre junglas de cartón y escayola, parecía que iba a perder alguna de ellas, pero ello no ocurría, y siempre quedaba la esperanza de que fuese en el próximo programa.

Terminado el programa, Eddie salió a los pasillos de la TV y encendió un cigarrillo, esperando unos minutos, hasta que Lamont reapareció. Volvía solo, lo cual era tan decepcionante como la estabilidad del «bikini» salvaje de Virginia Stern.

Salió a la calle, subió a su coche, siempre seguido por la perfecta «sombra» que sabía ser Eddie cuando quería. Lamont condujo por entre el nutrido tráfico, con gran lentitud, y al exdetective no le costó gran trabajo seguirle.

Pero su sorpresa creció ligeramente, al ver que Lamont detenía de nuevo su coche, esta vez frente a unos almacenes, y sin descender del vehículo, encendía un cigarrillo y fumaba con

parsimonia, fija la vista en la puerta del almacén.

Eddie aparcó a media manzana de distancia, arriesgándose a hacerlo en lugar prohibido. No acudió ningún agente.

De pronto, alguien hizo su aparición en las grandes puertas del almacén. Eddie aspiró con fuerza. Aquélla era la «Mujer Leopardo» en carne y hueso, mucho más dotada de lo primero que de lo segundo. Pero por desgracia, ahora no usaba sus famosas piezas manchadas. En lugar de ellas, un estampado traje ceñido a sus curvas, resultaba, mucho menos exhibicionista, pero igualmente sugestivo.

Cruzó la amplia acera y entró rápidamente en el coche de Lamont. Éste se puso en marcha en el acto, con creciente velocidad. Eddie arrancó, preguntándose cómo diablos habría ido la actriz desde la emisora a los almacenes en tan corto tiempo.

Sólo cuando recordó que el almacén tenía dos entradas, una al lado opuesto del bloque de edificios, dando su frente a la Televisión, comprendió el pequeño misterio. Lamont y ella adoptaban muchas precauciones. Pero todas inocentes.

No se despegó del coche de Lamont ni siquiera en los más difíciles cruces. La tarea resultaba más sencilla de lo que podía esperarse.

La persecución del «Lincoln» negro y verde se prolongó hasta más allá de Central Park. Cruzaron Fred Douglas Circle, penetrando por Cathedral Parkway hasta Momingside Drive. Más arriba de la Catedral de San Juan, se detuvo en la esquina con la Ciento Catorce, a la altura del número 512.

Eddie esperó a que salieran del coche y penetrasen en un edificio de escasos pisos, cuya planta inferior parecía destinada a establecimiento público. Cuando la pareja, cogida del brazo, penetró en la casa, Eddie salió calmosamente del coche, encendió un cigarrillo y avanzó hacia la misma entrada, como un paseante desocupado.

Se detuvo frente a la puerta. Un rótulo, en forma de escudo heráldico, indicaba: «Las Armas de Worcestershire». Se había pretendido dar un aire tradicionalmente inglés al lugar, pero el resultado era lastimoso, ya que ni el decorador ni el arquitecto se habían tomado la molestia de saber cómo era en realidad una casa británica de la época victoriana.

Creyó recordar que Virginia Stern era inglesa de origen, según las biografías de los ídolos de los televidentes. El gusto de Lamont era, exquisito al llevar a su compañera a sitios así, pensó burlonamente Eddie, aventurándose a empujar las vidrieras opacas y coloreadas de la entrada.

«Las Armas de Worcestershire» aún era más anacrónica y desigual en su interior que en la fachada. Una mezcla indescriptible de estilos se había fundido para dar como resultado, un sitio fresco y apacible en verano, recoleto en todo tiempo, pero en absoluto similar a ningún establecimiento auténticamente inglés.

En cambio, Virginia Stern no parecía preocuparse por tales minucias. Ocupaba con Lamont un rincón muy discreto, y un camarero, vestido con la corta casaca roja de los tradicionales cazadores ingleses de zorros o jabalíes, tal como se ven en los cuadros inspirados en aquel tópico, sudaba copiosamente mientras les atendía solícito.

Eddie ocupó asiento con rapidez, en un compartimiento cercano a Lamont, procurando que el productor teatral, y ahora televisivo, no le descubriese. El camarero seguía transpirando cuando se le acercó, Eddie, compadeciéndole por aquella indumentaria fuera de época, pidió un
«hig-ball»
y concluyó:

—Hermano, pudieron ponerle a este sitio «Copacabana», y vestir bañadores para servir al público.

—¡Dios de oiga, señor! —musitó el camarero de «Las Armas», con un horrible acento, de Brooklyn, nada a tono con el nombre del establecimiento.

Eddie sorbió su
«high-ball»,
mientras contemplaba a sus personajes a través de un gran espejo mural. Lamont y ella parecían comportarse discretamente. Bebían cócteles, y pronto pidió el productor dos más. Algún tiempo más tarde, sirvieron los terceros.

Lamont y ella se iban animando poco a poco. Estaban ya algo más juntos, más melosos y efusivos. El productor pasó un brazo sobre los hombros morenos de la actriz.

Era el momento oportuno para Eddie. Se incorporó con rapidez,

extrayendo de su bolsillo la diminuta y magnífica cámara fotográfica que tantas veces le sirviera en su antigua profesión para obtener pruebas concretas en un caso, y la disparó sin una vacilación, parándose un instante frente a los dos personajes del espectáculo neoyorquino.

Virginia Stern fue la primera en descubrirlo, y se tapó el rostro con ambas manos, profiriendo un grito de temor, pero todo ello era tardío. Eddie había impresionado ya su película.

Burt Lamont le descubrió entonces, reconociéndole en el acto. Lanzó un rugido de ira y saltó como disparado por un muelle, abalanzándose hacia Eddie.

—¡Deme eso, inmediatamente! —aulló, con voz potente, haciendo volver la cabeza al camarero, al encargado y a la cajera de «Las Armas de Worcestershire», así como a varios clientes diseminados por el local—. ¡Le exijo la entrega de esa cámara!

—Sabe que no la obtendrá a ningún precio, Lamont —rió Eddie —. Puede tener mucho valor para alguien.

—¡Trabaja usted para ella, es su cómplice en esta trama cobarde e inicua! —gritó, descompuesto, el productor—. ¡Entrégueme eso o saque la película en el acto! ¡Hágalo o haré que le detengan! ¡Está prohibido por la Ley espiar y fotografiar a la gente!

—Avise a algún policía, entonces —se burló Eddie fríamente—. Sería divertido ver lo que ocurre. Yo estaría en mi derecho de avisar a dos o tres amigos periodistas. Iba a armar mucho ruido el escándalo, Lamont.

—¿Me va a entregar esa máquina o…? —Y rápido, llevado de la furia que le hacía temblar espasmódicamente, hundió la mano en el bolsillo de su impecable americana.

La extrajo armada de una pequeña automática, plana y de modelo lujoso. Eddie no esperó a que le amenazase con ella.

Se abalanzó sobre Lamont, y le descargó un mazazo formidable de izquierda al mentón. El productor saltó por los aires, como un pelele, perdiendo la automática, que rodó por el suelo del local. Después, el orgulloso Burt Lamont se abatió grotescamente sobre el asiento, junto a la horrorizada Virginia Stern, que no se atrevía ni siquiera a moverse.



Eddie le soltó un impacto al mentón

El camarero y los demás empleados se dirigieron hacia el lugar del choque, para evitar nuevos conflictos, pero Eddie se anticipó a ellos. Arrojó un billete sobre una mesa, cercana, y luego dio media vuelta en redondo.

Saliendo del local con paso rápido.

Nadie se interpuso para detenerle. Una vez en la puerta de «Las Armas» aparecieron Lamont y Virginia, pálidos y como, asustados de su precaria situación actual, con aquella fotografía en poder de alguien que podía hacerles mucho daño a ambos.

Pero cuando descubrieron el emplazamiento del coche de Eddie, éste había ya arrancado con velocidad, y comenzaba a bajar hacia el centro de Manhattan, trazando auténticos laberintos por las calles, que Lamont se vería incapaz de seguir con su «Lincoln».

Satisfecho, Eddie comprobó a la tercera manzana que dobló su coche, que del automóvil de Lamont no había el menor rastro a sus espaldas.

A pesar de ello, siguió trazando sinuosidades, y únicamente a la altura de Columbus Circle enderezó la marcha, avanzando ya en línea recta y sin preocupaciones. Una sonrisa dura y complacida iluminaba sus prietos labios, mientras pensaba en la divertida jugarreta que había hecho al poderoso magnate teatral de Broadway.

—Solamente Eddie Wynter podía hacer una cosa así —musitó, asombrada, Linda Lamont, con sus extraordinarios ojos clavados en la fotografía—. Parece imposible.

—No era tan difícil —Eddie se encogió de hombros, haciéndose una mueca a sí mismo en el espejo ovalado del camerino de Linda en el «Center Garden» en Broadway—. Tu marido no se distingue precisamente por su habilidad en eludir una vigilancia vulgar. Y menos aún en evitar una encerrona.

—¿Y qué ocurriría si esta fotografía fuese a parar a manos de alguien, Eddie?

—Si era un periodista o un desaprensivo, aparecería en todos los periódicos y en las revistas de chismes feos. No sólo podrías divorciarte de tu marido, sino que también la guapa señora de Earl Neumann se vería en un buen aprieto frente a su marido.

—Lo que esa mujer pueda sufrir, me tiene sin cuidado —dijo fríamente Linda—. Le estará bien empleado, aunque el principal culpable de todo sea mi marido.

—En efecto, no son dignos de compasión ninguno, de ellos… —Se sentó en el borde de una silla y contempló la bella figura de Linda, envuelta en las sedas y plumajes de su traje escénico—. Y ahora que ya tienes un arma de defensa e incluso de ataque

realmente formidable, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé —suspiró Linda, agitando la cartulina brillante con aire perplejo—. Francamente, no tengo la menor idea. Si Burt sospecha que yo tengo la fotografía, tratará de obtenerla, de destruirla por algún medio…

—Procura que eso no suceda. Pero aun así, no tendrá gran importancia. Yo, conservaré el clisé en mi poder. Con el negativo, siempre pueden obtenerse otras copias.

—Piensas en todo, ¿eh, Eddie? —sonrió ella, admirada.

—Aprendí a pensar en todo cuando me pagaban por ello, Linda.

—Tendría que pagarte mucho ahora, para compensar este servicio.

—No te he puesto precio. Es una ayuda de amigo. Y también de agente. El escándalo contra ti, podría ser tu ruina artística. Contra Lamont, te subirá a la cumbre.

—Eres adorable, Eddie —se aproximó e, inesperadamente, apoyó sus rojos labios en los del joven, con fuerza—. Mil gracias por todo. Si no fuese porque estoy ligada a ese viejo sapo, me casaría contigo.

—Puedo esperar tu divorcio —rió humorísticamente Eddie.

En el acto se tensó su rostro. Giró hacia la puerta vivamente, ante la sorpresa de ella.

—¿Qué ocurre, Eddie? —murmuró la actriz.

Eddie hizo un gesto de silencio y corrió hasta la puerta con sorprendente celeridad, abriéndola de golpe y asomándose al pasillo. No había nadie, a excepción de dos muchachas del conjunto, que charlaban a la puerta de un camerino cercano, y que se sonrieron picarescamente al verle. Eddie les hizo una mueca y regresó al interior del camerino.

—Creí sentir ruido detrás de esa puerta, algo así como un roce… —Se encogió de hombros—. Bueno, tal vez me estoy volviendo demasiado sensible.

—Y descuidado —rió Linda, tendiéndole un trapo de maquillaje —. Toma, quítate el «*rouge*» de los labios…

Eddie gruñó algo, pero acató la indicación, frotándose la boca con energía. Ahora sí hubo ruido en la puerta, pero fue un fuerte golpe seco con los nudillos. Y una voz rutinaria avisó:

—¡A escena, señorita Lamont! Es su número…

Linda respondió, y Eddie echó a andar hacia la salida.

—¿De modo que aún no te has resuelto? —preguntó Wynter.

—No. Me parece una fea traición pedir el divorcio de Burt, pese a sus defectos.

—Pues él te la preparaba peor, cariño. De modo que toma ejemplo. Si ahora te ablandas, es probable que pase esta oportunidad y él encuentre el arma apropiada contra ti. Entonces, no tendrá piedad ninguna de machacarte con todas sus fuerzas.

—Me asustas, Eddie —le oprimió el hombro con una sonrisa—. Pero no temas. Resolveré algo esta misma noche. Mañana te llamaré.

—Muy bien. Si antes me necesitaras, estaré toda la noche trabajando en la oficina hasta eso de los doce o doce y media.

—Lo recordaré, Eddie. Y gracias una vez más.

—Espero que todo salga bien, Linda.

—Yo también lo espero. Y lo deseo de todo corazón.

Salieron al corredor. Las chicas galopaban, con sus reducidos y vistosos atavíos, escaleras abajo, camino del escenario. Sonaron aplausos en el público y un acorde en la orquesta. Iba a comenzar otro cuadro de la revista producida por Burt Lamont.

Eddie Wynter sepultó las manos en los bolsillos y caminó hacia la salida del escenario, después de despedirse de Linda con un rápido y cálido apretón de manos.

Un hombre apareció ante él, saliendo de un camerino. Era alto, rubio y muy bien parecido. El maquillaje, el cuidado retoque, le daban un aire casi femenino, aunque su alta figura y anchos hombros estuvieran en desacuerdo con esa primera impresión, producto de los afeites escénicos. Vestía un impecable frac blanco, con lazo azul.

—Hola, Wynter —saludó fríamente, mirándole con unos ojos azules y estrechos, ligeramente hostiles.

—Hola, Johnny —respondió Eddie.

—¿Se marcha ya? —preguntó al azar Johnny Powers, el galán de la revista.

—Sí.

—¿Ha venido a ver a Linda?

—¿A usted qué le importa, Johnny?

—Es usted un grosero, Wynter —replicó con dureza el galán,

apretando los labios.

—Y usted un inoportuno.

—Está descaradamente enamorado de Linda Lamont —acusó Powers—. La meterá en líos.

—Yo no meto en líos a nadie. ¿Quién le ha inculcado eso en su vacía cabeza?

—No, me gusta usted, Wynter.

—Ni usted a mí. Su cara me da náuseas, Powers.

—Alguna vez le romperán la suya.

—¿Quién? ¿Usted?

—Posiblemente. U otro cualquiera. Le sobran los enemigos.

—¿Porque soy honrado y defiendo siempre a mis amigos contra los agentes sin vergüenza ni dignidad profesional como ese cerdo de Hal Gardiner, que le representa a usted y a otros tan imbéciles como usted? ¿Se cree que no sé los enjuagues que se trae entre manos el angelito de Gardiner, cobrando comisiones hasta de cinco y seis sueldos, a aquéllos a quienes proporciona contrato?

—¡Eso es mentira, Wynter!

—Usted sabe que es cierto. Pero tal vez sea tan amigo de Gardiner que lleve comisión en sus tapujos. Creo que es capaz de todo por dinero.

—¡Me está insultando, Wynter!

—Claro que sí. Pero también le estoy diciendo las verdades. Escuche otra ahora, Powers: no se acerque más a Linda.

—¿Eh?

—No se acerque, o le dejaré esa cara de un modo que te anularán el contrato automáticamente. No me sorprendería nada que Lamont le pagase a usted para hacer alguna canallada a su mujer y obtener así las pruebas que necesita. Si ello es así, le mataría, Powers. Sin dudarlo un momento.

—¡Caramba, Wynter! ¿Qué es lo que está diciendo? —intervino una voz suave, procedente de la salida posterior del teatro—. ¿Amenazando de muerte a mí representado?

—Vaya… —Eddie miró duramente al individuo bajo, delgado y huidizo, de ropas costosas, pero chillonas y sin el menor gusto, que masticaba un puro entre sus flacos labios sin color—. Aquí tenemos a Gardiner en persona. El buitre y la rata se protegen, ¿eh, Hal?

—Ya está metiéndose con nosotros —comentó plañideramente el

rufián número uno de los agentes teatrales—. Algún día tendré la satisfacción de verle en un aprieto, Wynter. Y le pisaré la nariz gustosamente, para hundirle más.

—No le daré esa satisfacción nunca, Hal —rió Eddie con acritud —. Porque cuando a mí me ocurra eso, usted estará ya mendigando por las calles…

Se dispuso a pasar junto a ellos, cuando Johnny Powers, colérico, se disparó hacia él. Interceptó el paso a Wynter, y alzó sus puños, logrando hundir uno en el hígado del antiguo detective privado.

Eddie se dobló, dolorido, y vio venir otro mazo provisto de nudillos hacia él. En un esfuerzo tremendo de voluntad, se echó a un lado, dominando su dolor, y Powers pasó junto a él como una catapulta.

No tuvo que hacer más que cruzar su pierna, y el galán tropezó, tambaleándose a punto de caer. Eddie le soltó entonces un impacto fortísimo en el mentón, de abajo arriba, que le alzó por los aires.

Cuando cayó, otro puño de Wynter le esperaba, y Hal Gardiner casi se tragó el puro, al derrumbarse su artista por tierra, con una ceja sangrando.

—Sospecho que no podrá hacer el siguiente número —dijo Eddie, mirando malignamente al agente teatral, que retrocedió en forma instintiva al verle venir—. Búsquese un suplente para Powers. Va a tener un ojo amoratado durante varios días…

Llegó a la salida del escenario, desde la cual había presenciado todo uno de los porteros del local. Luego, volviéndose al vencido, que gemía sin alzarse del suelo, con aire lastimoso, le espetó una última frase llena de dureza:

—¡Y recuérdelo, Powers! ¡Si hace algo contra quien usted sabe, le mataré!

El portero le vio, pasar por la salida como una exhalación.

CAPÍTULO III

Las doce en punto.

Eddie bostezó, terminando de archivar fotografías, fichas y contratos en una clasificación casi perfecta, que los últimos días había ido dejando perezosamente.

Estiró la mano y sorbió un trago de la botella de leche, al tiempo que cogía un bocadillo del envoltorio donde asomaban hasta cinco emparedados triangulares.

Al otro lado de la ventana, abierta a causa del intenso calor, que ni siquiera el pequeño ventilador eléctrico lograba combatir, se alzaban los Rascacielos, negros bloques tachonados de luces y rótulos multicolores, sobre un estrellado fondo azul oscuro.

Todo estaba ya hecho, y podía retirarse tranquilo a descansar. Pronto comenzaba la temporada teatral en provincias, y ello traería consigo un gran aumento de trabajo. Había que estar preparado para entonces.

Sobraban algunas fotografías, poco comerciales con vistas a los empresarios, y se resolvió a rasgarlas, tirándolas al cesto de los papeles.

Esto le recordó algo. Aún llevaba en su bolsillo el negativo de la fotografía obtenida en «Las Armas de Worcestershire». Era preciso buscarle un buen escondite. Si Lamont se lanzaba tras él para recuperar la fotografía, no lo haría por sí mismo. Buscaría expertos, gente ducha en hallar una aguja en un pajar.

Miró en tomó suyo, pensativo. Ningún escondite le parecía lo bastante bueno. Vaciló, esforzando la imaginación. Había de pensar en un lugar en el que nadie pensara.

Interrumpió el timbrazo del teléfono, vibrante y agudo en la noche, apenas ruidoso en aquel alto piso de Manhattan, las meditaciones de Eddie Wynter. Dejó de pensar en el escondite y tomó el auricular, preguntando:

—¿Dígame? —Y pensó que era una hora extraña para llamarle.

—¡Eddie! ¿Eres tú?

Wynter se quedó rígido. Era la voz de Linda Lamont. Y no sonaba natural, sino alterada, trémula, sometida a una gran tensión nerviosa.

—¡Linda! ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó, apremiante.

—Algo horrible. Eddie, por lo que más quieras, ¿puedes venir ahora?

—¿A tu casa? ¿Estás loca? Eso podría ser peligroso para ti…

—Eddie, déjate de tonterías ahora. Necesito hablar contigo. Nada puede ser más horrible que lo que acaba de suceder. De modo que deja de preocuparte por mí, y ven corriendo… ¡Estoy otra vez entre la espada y la pared, Eddie!

—Bien, ya voy —Eddie acabó de engullir el emparedado, y suspiró, pensando que ya no dispondría de tiempo para acabar su frugal refrigerio, tras varias horas de intensa tarea—. Justamente diez minutos para llegar ahí, Linda.

Colgó y echó a correr hacia la salida. Estiró la mano, aferrando al vuelo su americana y salió disparado hacia el ascensor. Descendió a la planta, y se encaminó al punto donde siempre aparcaba su coche. Subió sin perder un segundo, puso en marcha el motor y arrancó a buena velocidad, dirigiéndose a la residencia de Linda Lamont en la Avenida Madison.

Alcanzó su destino en poco más de los diez minutos señalados. Frenó en la esquina inmediata y corrió hacia la puerta, pero al llegar al vestíbulo, recobró su compostura, pareciendo no tener prisa.

—La señora Lamont me espera —indicó al conserje de noche—. Soy su agente artístico.

El conserje lo comprobó, telefoneando al último piso del rascacielos. Aquélla era la planta que ocupaba en su totalidad la esposa de Lamont. Un ascensor le llevó velozmente a través de los pisos del alto edificio, hasta la última planta del mismo.

Eddie salió de la cabina y avanzó hacia la puerta de la vivienda. Antes de que pusiera su mano en el timbre se abrió aquélla, con la cadena de seguridad ajustada, y las verdes pupilas estudiaron al recién llegado con alivio.

—¡Dios bendito, eres tú! —suspiró Linda—. Entra.

—¿Y tu marido?

—Hace unas semanas que no vive aquí. Pretexta que está trabajando en la preparación de una nueva obra para el otoño en Broadway, porque siempre que prepara algo se encierra días y días en su residencia de Bronx Park.

—¿Así están las cosas?

—Así están, Eddie. Entra, por favor. He de enseñarte algo…

Cerró tras de Wynter. Estaba muy bella con aquella larga, vaporosa bata negra, de amplio vuelo y escote espumeante de encajes.

Eddie la siguió hasta un vestíbulo moderno y confortable, de modernísimas y alegres líneas, a cuyo fondo se abría una larga galería a la ciudad, ofreciendo un panorama fabuloso del Nueva York nocturno.

Allí, Linda se inclinó sobre una mesita de centro, tomó de ella algo y se lo tendió a Wynter. El joven observo que la mano de la «estrella» de Broadway temblaba.

—Mira esto, Eddie —dijo roncamente la joven—. Es el desastre.

Eddie clavó los ojos en la fotografía. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Eran ellos; Linda y él. Besándose en el camerino del teatro. La foto, aunque borrosa y sin duda ampliada, no ofrecía dudas sobre la identidad de ambos ni sobre su acción.

—¡El ruido de la puerta! —rugió Eddie—. ¡Estaba yo en lo cierto! Alguien nos captó con una cámara.

—Pero ¿cómo, Eddie?

—No lo sí. Acaso a través de cerradura. Hay cámaras muy pequeñas y sensibles, capaces de obtener las fotos más sorprendentes. El que hizo esto es un profesional, no hay duda… —La estudió ceñudo. Aquella fotografía tenía algo más, un detalle raro que no acertaba a descubrir—. ¿Cómo ha llegado a tu poder?

—Lee esa nota. Llegó junto con la fotografía, La entregó un repartidor en la consejería, y al llegar me la entregaron.

—Ya —Eddie dejó la foto a un lado, tornando el pequeño pliego de papel recio, color moreno, sobre el que se había escrito con letras mayúsculas lo que Eddie leyó en voz alta acto seguido:

> «Señora Lamont: Esta fotografía provoca una igualdad de armas que puede dañarla más a usted que a nadie. Ha perdido la partida. Salude a Wynter».

—Anónimo, pero fácil de suponer su origen —dijo Linda, realmente asustada.

—Me doy por saludado —gruñó Eddie con mal humor, tirando la fotografía y el papel sobre la mesita de centro—. Bueno, lo malo es que ese condenado tiene razón. Pero no podrá hacer nada, en tanto que yo conserve mi propio negativo, o el escándalo sería total y para todos.

—En cuyo caso, también pierdo yo.

—Sí, la mujer es siempre la más dañada. Si hay divorcio, puede zanjarse a su favor, porque el delito de adulterio, los jueces lo ven siempre más grave en la mujer que en el hombre.

—¿Qué hacemos, Eddie? Ahora no hay escapatoria…

—Todavía hay una —dijo de pronto Wynter con dureza. La miró, solemne—. ¡Vístete!

—¿Eh? —Ella enarcó las cejas, con estupor—. ¿Pero qué dices, Eddie?

—Que te vistas. Inmediatamente.

—¿Para qué?

—No preguntes. Tenemos que hacer algo. Y pronto. Yo solo, tal vez no pueda llevarlo a cabo. Y puesto que los dos estamos en el asunto, será mejor trabajar unidos. ¿Aún confías ciegamente en mí?

—Sí, pero…

—¿Confías o no? Bueno, pues échate algo, de ropa, cualquier cosa. No hay tiempo que perder.

Dominada por la energía de Eddie y su fría autoridad, Linda obedeció. Desapareció, para reaparecer unos momentos después, vestida con un ceñido jersey blanco de hilo y una alegre falda deportiva. Se echó encima un corto chaquetón también de tono claro.

—A tus órdenes, Eddie —dijo expectante.

—Andando, pues.

Salieron del piso. Ella cerró con llave. Ya camino del ascensor, preguntó:

—¿Crees que es prudente salir juntos, a estas horas de la noche?

—No estaremos mucho peor que con esa fotografía, aunque nos tomen una película entera de nuestro preso nocturno. Vamos, y no pierdas tiempo.

La metió en el coche con premura, y luego se sentó él al volante,

poniendo en marcha el vehículo. Enfiló hacia el este de la ciudad, y en cuanto tomaba una calle de escaso tránsito, parecía volar sobre el asfalto.

—¡Eddie, por Dios! ¿Pero a dónde vamos con estas prisas? —preguntó ella de repente.

—A ver a la única persona con quien hay que hablar claro y poner las cartas boca arriba.

—¿Con quién, Eddie?

—Con cierto caballero que, según tú, se aloja ahora en Bronx Park. Tu marido…

Linda lanzó una exclamación de asombro, y Eddie Wynter aceleró la marcha del coche, hasta asemejarse a un vertiginoso bólido por las avenidas, poco transitadas a aquella hora.

La residencia de Bronx Park, situada entre Fordham Road y la Ciento Ochenta Este, en Cresent Avenue, era un edificio cercado de jardines frondosos. Las verjas eren altas y puntiagudas en su parte superior. Pero el portón de entrada estaba solamente entornado, y no les representó dificultad alguna la entrada.

Siguiendo las indicaciones de Linda, más asustada a medida que avanzaban, cruzaron un sendero de grava, bordeado de cuidados setos. Al fin, en un claro con dos arriates ovales, cuajados de flores, se alzó ante ellos el porche de la casa.

—Eddie, es una locura entrar ahí ahora… —gimió Linda, con el semblante pálido, mirando a Wynter con ojos dilatados—. Nos puede matar si lo desea, y siempre podría justificar que creyó ver a unos ladrones allanando su casa.

—No va a haber tal cosa, Linda. No entraremos como merodeadores, sino directa y llanamente.

—¿Quieres decir que vas a…?

—¿A llamar? Claro está —Eddie sonrió, dirigiéndose a la puerta de entrada al edificio de ladrillos. Al hacerlo, pasó junto, a un poste que sostenía un buzón en forma de casita y en cuyo interior era visible una sola carta, un largo sobre blanco depositado en el fondo del buzón. Eddie estuvo tentado de estirar la mano y cogerlo, pero vaciló, siguiendo adelante. Ya en el porche, se volvió a la temblorosa Linda—. Vamos, no temas nada.

Ella avanzó unos pasos hacia Eddie, contemplando recelosamente el edificio en tinieblas. La verdad es que allí no

parecía haber nadie. Absolutamente nadie. Pero al observar Eddie tal cosa en voz baja, ella musitó:

—Tiene que estar. Burt es hombre que siempre se retira pronto a descansar.

Eddie asintió, dubitativo, buscando el timbre. Lo halló en un rincón de la entrada.

Iba a pulsarlo, cuando el ruido imprevisto le sobresaltó.

Fue un solo estruendo. Seco, rotundo, violento. Y le siguió un grito. Un grito horrible, roto, angustioso…

Linda retrocedió, demudada, y sus labios modularon una exclamación ronca:

—¡Burt! ¡Es su voz!

—Sí… parecía su voz —asintió Eddie con fría aspereza—. Y lo otro… un disparo.

—¡Dios mío…! ¿Qué habrá ocurrido? ¡Vámonos, Eddie, vámonos de aquí!

—¿Después de eso? —Eddie denegó lentamente—. No, Linda. Hay que ver lo que ocurre. Sólo lamento no haberme traído mi pistola. No venía preparado para esto…

Dentro de la casa, tras el disparo, habíase quedado todo en calma, silencioso y de nuevo dormido en apariencia.

Pero Eddie sabía que no era así. Había habido un disparo. Y un grito de agonía. Aquel silencio ya no podía representar quietud auténtica. Si acaso… muerte.

Se encaminó rápidamente a una ventana inmediata a la puerta. Ya no era el agente teatral, sino el antiguo detective, el hombre habituado a enfrentarse con lo ignorado, el hombre que podía luchar, apelar a toda clase de recursos para dar con la explicación de las cosas más imprevistas y arriesgadas.

Envolviendo la mano en un pañuelo, golpeó los cristales, hasta quebrarlos en varias estrías. Entonces, le asestó unos golpes leves en ciertos puntos, evitando siempre que los vidrios se desprendieran del todo, precipitándose al interior y causando un ruido inoportuno.

Lo logró. Se desprendió en parte una larga porción de cristal, y su otra mano la aferró a tiempo, retirándola con cuidado. La depositó en tierra. Por el hueco introdujo la mano. No había contraventanas echadas. Accionó la falleba, dejando paso franco. De un salto, penetró en una, estancia a oscuras. Ayudó a entrar a

Linda, que lo hizo con evidente repugnancia. Tenía la piel fría y temblaba con frecuencia, estremecida por mil encontrados temores.

—Vamos, ánimo —la alentó Eddie en un susurro—. No ocurrirá nada.

—Tengo miedo, Eddie.

—¿Pues qué crees que tengo yo? —bromeó Eddie Wynter.

Se detuvieron un breve espacio de tiempo en la sombra. No se oían ruidos, voces ni señal alguna de vida. Aquel disparo y aquel alarido horrible parecían ahora fruto de una alucinación, y no un hecho real y cercano que ninguno podía poner en duda.

Tanteando en la oscuridad, alcanzaron una puerta. La abrió Eddie, y salieron a un pasillo, largo y débilmente alumbrado por el reflejo de alguna luz procedente del piso superior, que se filtraba por el hueco de una escalera arrancando en semicírculo al fondo del corredor.

—Ahora sé dónde estamos y lo qué hemos de hacer —susurró Linda—. Vamos, Eddie. Nos hemos metido por la biblioteca. Subiendo esa escalera iremos a las habitaciones de Burt.

—¿Sabes de dónde procede esa luz, más o menos? —indagó Wynter, señalando a la escalera.

—Creo que sí —se estremeció ella—. De sus propias estancias, en el piso alto.

—Andando, pues —la animó Eddie, resuelto.

Siguieron hasta la escalera. La claridad era allí más intensa. Seguía sin verse la menor huella de ser viviente alguno. Subieron los tramos de piedra blanca. Una vez en el corredor de la planta alta, la claridad les hirió con fuerza.

Salía por una puerta abierta de par en par, que derramaba un raudal de luz sobre la espesa alfombra verde del corredor. Al fondo, una ventana abierta al oscuro jardín, permitía agitarse las cortinillas a impulsos de la brisa nocturna.

—Es el dormitorio de Burt —dijo ella en un murmullo quebrado de temor—. Cuidado, Eddie. Tengo un presentimiento horrible. Algún peligro nos acecha… tal voz detrás de ese mismo umbral…

—Tonterías —dijo Eddie—. Si algo ha ocurrido en esta casa, no ha sido contra nosotros. Pero tú puedes quedarte atrás, si lo deseas… Voy a entrar yo solo.

—¡No! —gimió ella, aferrándose su brazo, con una mirada

angustiada a sus espaldas, a las tinieblas agolpadas en la escalera y el piso bajo—. Sola no… Prefiero ir contigo… hasta donde sea.

—Muy bien. Andante, pues, heroína… —sonrió Wynter, echando a andar sin la menor vacilación.

Pisaron el umbral del dormitorio. Eddie admiró el buen gusto de Lamont para vivir en sus residencias. Costosos muebles de estilo colonial, muros claros y buenas copias de cuadros de Rembrandt y Van Dick. Las cortinas, de rojo terciopelo, eran realmente suntuosas.

Le vieron los dos a la vez. Ella iba a gritar, y Eddie, intuyéndolo, se volvió rápido, cubriendo su boca con una mano. Siseó velozmente:

—¡Linda, por favor! Es preciso serenidad, mucha serenidad… ¿Quieres salir ahora?

Ella, con los ojos dilatados, denegó moviendo la cabeza. No apartaba sus pupilas de Burt Lamont, de su marido. O del cadáver del que había sido su marido.

Yacía frente al lecho, entre éste y una puerta entreabierta, por la que también se filtraba luz. Aún vestía una larga, suntuosa bata tan roja como los cortinajes. Su cabello cano y bien peinado era inconfundible. Su corte de cabeza también, e incluso la parte del rostro aún reconocible.

No cabían dudas sobre la identidad de Burt Lamont. A pesar de que el disparo le había destrozado por completo, el rostro, convirtiéndolo en una máscara roja y deforme.

Aquél había sido el productor teatral más famoso, el más orgulloso y duro hombre de negocios teatrales en Broadway. Un simple cadáver desfigurado por algo que no podía haber sido un proyectil, sino mucho más amplio, extensible por un rostro…

Miró en torno, desatendiendo a Linda, que sollozaba, con el rostro sepultado, entre sus manos, apoyada en una columna del lecho colonial. La luz de la estancia inmediata le atrajo en el acto. Se incorporó, dirigiéndose allí sin vacilar.

Era el cuarto de baño. Baldosines azul-verdosos, limpios y bruñidos, loza blanca de los elementos de aseo, todo era visible por la entornada puerta. Y también algo más.

Un rifle. Un rifle caído encima de la alfombra de goma que servía para pisar al salir del baño. Eddie comprendió ahora por qué

el rostro de Lamont había sufrido tal destrozo.

Allí estaba el arma empleada. Un rifle de caza, cargado sin duda con cartuchos de perdigones. Una verdadera criba para el blanco elegido. Que en esta ocasión había sido Lamont. Y la cabeza, el punto más eficaz para matar a un hombre sin lugar a dudas.

Empujó la hoja entornada de la puerta, avanzando hacia el arma confiadamente.

Fue una vez dentro de la pieza cuando comprendió que se había confiado en exceso, y que penetrar allí era un error, un gravísimo, error.

Quiso volverse, para comprobar que el cuarto de aseo se hallaba desierto, a excepción de sí mismo. Su rápido giro de cabeza fue demasiado tardío.

Se le anticipó, con mucho, la caída de una mano enguantada, con un objeto contundente, sobre su cabeza. Eddie no supo a ciencia cierta si era un revólver, una porra o una simple barra de zinc la que le golpeaba brutalmente en la nuca.

Intentó desesperadamente cubrirse, estiró los brazos, pero en vano. Recibió el impacto del hombre oculto tras la cortina de materia plástica que cubría la ducha. Solamente el brazo y la mano, enguantadas le fue posible ver. La sombra del agresor quedaba tras la cortina corrida.

Eddie se tambaleó, viendo estallar ante sí toda una constelación de luces, en delirantes giros y haces. El suelo osciló, vino a su encuentro, hasta absorberle.

Y casi simultáneamente con su pérdida de conocimiento, le llegó el eco de una voz de mujer, que parecía brotar a mil millas de él, gritando agudamente:

—¡Eddie! ¡Socorro, Eddie…!

Después… nada. Ni voces ni ruidos, ni luz.

CAPÍTULO IV

No era la primera vez.

Ya en otras ocasiones había despertado. De una borrachera, de un ataque alevoso, de un narcótico. Y siempre ocurría igual. Le dolía la cabeza, tenía la boca pastosa y reseca, las cosas daban vueltas endiabladamente, en torno suyo, y el suelo parecía empeñarse en bailar la samba o algo, parecido.

Ahora se repetía todo eso. Eddie sintió náuseas y se inclinó sobre la bañera. Una vez desalojado el estómago, se sintió mucho mejor, aunque más débil. Apoyándose en el borde de baldosines, dio unos pasos, mirando hacia el suelo. Allí no había rifle ni nada. Sólo la alfombra de goma, manchada de algo rojo y reseco.

Tuvo una sospecha, y la comprobó pasándose los dedos por la nuca. Los retiró manchados de sangre. Acercóse a un espejo, sobre el lavabo. Se vio horriblemente pálido, despeinado y con los cabellos, la camisa y una buena parte de la americana salpicados de rojo oscuro.

La nuca le dolía de un modo terrible, y sin duda el corte era profundo, lo cual parecía indicar que lo que le golpeó fue sin duda el cañón de un arma, y el punto de mira le había rasgado la piel.

Hizo una mueca, irritado. No le gustaba su aspecto. Y mucho menos el del asunto. Salió al dormitorio, tambaleándose. El rifle podía haberse evaporado, pero el cadáver seguía allí. Rígido, espantoso, como una amenaza colgada sobre su cabeza.

Eddie recordó entonces a Linda Lamont. Como un impacto de luz, llegó a su mente el último recuerdo de su caída. ¡Un grito de mujer, pidiendo socorro!

Se sintió aguijoneado por mil punzones de hielo. Cruzó a zancadas la habitación y salió al pasillo. Se quedó como clavado en tierra. Allí estaba Linda también.

Tendida en mitad del pasillo, cuando a no dudar pretendió

escapar de lo que fuese.

Parecía sin vida, con el rostro aplastado contra el linóleo, y las manos agarrotadas, extendidas en un inútil e inexplicable anhelo.

Eddie se inclinó sobre ella sin perder tiempo. No se anduvo con muchos rodeos, ante su rostro lívido y desencajado. Levantó el jersey hasta sus hombros y aplicó la cabeza al busto de la muchacha, sobre el seno izquierdo. Escuchó, anhelante.

El corazón latía, aunque en forma débil. Más tranquilo, la examinó con cuidado. Había recibido también un golpe fuerte detrás de la oreja. Eso, unido a un vivo terror, le había provocado el desvanecimiento, como igualmente pudo provocar algo peor.

Corría un hilillo de sangre tras su oreja golpeada. Eddie lo enjugó con su pañuelo. Luego la alzó entre sus brazos y descendió con ella a la planta baja. Sabía que era inútil buscar ya al agresor. Había tenido tiempo sobrado de huir. Un reloj, en algún punto de la casa, dio las tres. Su reloj de pulsera, roto el cristal y parado sin duda al caer, marcaba solamente la una y diez.

El atacante tuvo tiempo de llegar al Polo Norte en ese tiempo, pensó malhumorado.

En el piso bajo, buscó un vestíbulo, hasta hallarlo. Había mueble-bar, como esperaba. Extrajo una botella de *brandy* y le echó entre los labios una fuerte dosis, que la inconsciente Linda ingirió con una tos. Después, Eddie mismo se echó un buen trago al estómago, con lo que se sintió bastante mejor.

El color animó las mejillas lívidas de la esposa de Burt Lamont, y comenzó a parpadear. Cuando abrió los ajos y quiso alzar la cabeza, gimió dolorosamente, tocándose el punto dañado.

—Calma, pequeña —la avisó Eddie suavemente—. No te muevas ahora. Estás a salvo.

—¡Eddie! —Abrió mucho sus ojos, mirándole—. ¡Eddie, aquel hombre… me golpeó!

—Sí, lo sé, lo sé… —Se tocó la nuca—. Conozco su medicina. Pega fuerte.

—¡Pero no era el mismo que te golpeó a ti, Eddie! —protestó ella, excitada.

—¿No? ¿Había alguien más?

—Eddie, recuerdo que… te vi entrar en el cuarto de baño. Te volviste de pronto hacia el rincón de detrás de la puerta, dónde está

la ducha… y vi que te tambaleabas, que empezabas a caer… Me asusté mucho y quise gritar, pedir auxilio… Entonces sentí pases detrás de mí, en el pasillo. Eché a correr, desesperada, sin volver siquiera la cabeza. Y debió de alcanzarme, porque algo se estrelló en mi cabeza, y ya no recuerdo más…

—De modo que eran dos… —Eddie reflexionó—. Esto se complica.

—Eddie… ¿Él… sigue arriba? —preguntó, estremecida, la joven.

—No se puede mover, de modo que por él no te preocupes.

—¡Dios mío! Yo pensé al principio… que era un suicidio…

—Yo no. Nadie puede suicidarse con una escopeta de caza y una vez destrozada la cabeza, acercarse al cuarto de baño a dejar el arma allí. Ni siquiera Burt.

—Eddie, por favor, no te chancees. No es momento de eso.

—No es chanza. Alguien ha venido a esta casa para matar a Lamont. Quien sea ese alguien y las razones que tuviera para ello, lo ignoro. Supongo que tendría suficientes enemigos como para que cualquiera de ellos se sintiera un día capaz de sacar del mundo a una rata como él.

—Eddie, está muerto…

—Lo cual no impide que fuera siempre un mal bicho, Linda. Me fastidia la hipocresía de las personas que ensalzan al que muere, por el simple hecho de estar muerto.

—Y ahora… ¿qué vamos a hacer, Eddie? Era… Era mi marido, después de todo.

—Tenemos que marchamos de aquí.

—¿Sin dar parte a la policía?

—¿La policía? —Eddie se irguió, despacio. Sus ojos brillaron, a la vez que aguzaba el oído—. Me parece que nos han ahorrado la molestia, Linda…

—¿Qué quieres decir?

—Escucha eso: que me ahorquen si no es una sirena policial. Y viene hacia aquí…

—¡Dios mío! —Un nuevo terror asomó a los ojos de la joven—. ¿Y si nos sorprenden aquí?

—Es que no pueden sorprendemos, Linda, o nos complicarán en todo esto de un modo que no tendrá remedio. ¡Vamos, hay que correr ahora sin desmayos, antes de que lleguen a la casa!

Ella comprendió muy bien la urgencia del caso. Se puso en pie, apoyándose en el diván, mientras Eddie limpiaba con su pañuelo la botella de *brandy*, volviéndola a dejar en su sitio dentro, del mueble-bar, y cerraba éste, limpiando asimismo el pomo.

Corrieron como si tuvieran alas en los pies, hacia el mismo punto por dónde entraran. Alcanzaron la puerta de la biblioteca en tinieblas, y cruzaron ésta, llegando a la ventana rota. Eddie limpió con rapidez el pomo, antes de saltar al porche, y ayudar a Linda a la misma acción.

Cruzaron el sendero de grava a todo correr. Eddie se detuvo un momento junto a la casita del buzón. Estaba, aún la carta allí. La recogió con premura, sepultándola en su bolsillo y siguiendo la carrera.

Ya tenían ante sí la verja. Y la sirena de la policía se aproximaba por Cresent, en un diapasón cada vez más intenso y agudo. El tiempo estaba medido, acaso demasiado justo.

—¡Ay! —gritó Linda, cayendo de rodillas en un borde de césped.

Eddie se detuvo en seco, con un sudor helado cubriendo su rostro.

—¡Diablo! —masculló—. ¿Qué te ocurre ahora?

—El tobillo… Se me ha torcido con la carrera, Eddie… De veras lo siento. Escapa tú y déjame a mí aquí. Ya les explicaré yo lo que…

—¡No puedes explicar nada que sea convincente! —Gruñó Eddie, inclinándose—. ¡Vamos!

La alzó entre sus brazos y aceleró la carrera cuanto le era posible. El peso reducía su velocidad. La de la sirena crecía con una rapidez agobiante. Corrió como jamás había corrido, a pesar del lastre de Linda.

Tropezó, ya en el umbral de la verja, y juró entre dientes, recuperando el equilibrio por verdadero milagro. A lo lejos, viniendo en derechura a la casa, dos focos barrían la amplia avenida bordeada de árboles y residencias cercadas.

El coche de Wynter estaba parado en la parte opuesta de la avenida. Cruzó la calzada, depositando a Linda en tierra y haciéndola avanzar cojeando, con su apoyo, para no llamar demasiado la atención. Alcanzó el coche, mientras la transpiración empapaba sus ropas, y corría copiosa por su rastro y manos. Linda aparecía también trémula, demudada, incapaz de despegar siquiera

los labios sellados por el terror.

Puso en marcha el motor. Por fortuna, éste respondió en el acto, y pudo arrancar, introduciéndose por una calleja lateral a toda velocidad, en el momento mismo en que por el extremo opuesto de la avenida, otro coche patrulla, ululante y lanzado, acudía al punto de confluencia: la vivienda de Burt Lamont, el hombre asesinado.

Eddie condujo con una urgencia como jamás había sentido. Vibraba todo él, mientras el volante, dócil a su mandato, conducía el coche a través de un laberinto de calles poco frecuentadas, lejos de la peligrosa vecindad del hombre muerto.

A su lado, Linda continuaba sumida en el estupor de las emociones vividas últimamente. Ninguno hablaba. Mantenían fijos los ojos ante sí, reflexionaban sobre lo ocurrido y sus posibles consecuencias en el futuro. Y también se preguntaba Eddie: «¿Quién ha podido manejar el rifle contra Burt Lamont? ¿Por qué?».

A través de Jerome Avenue y de West Fordham Road, buscó el Puente University. En la plaza Scott, al otro lado del Harlem River y ya sobre la Isla de Manhattan, tomó por la Nagle Avenue, hasta desembocar en el alto Broadway, a la altura de los números cuatro mil cuatrocientos.

Desde allí, el descenso hacia el centro urbano fue meteórico. La madrugada, cálida y pegajosa, ofrecía pocos problemas de tránsito al automóvil de Wynter, espoleado por inexistentes fantasmas pegados a sus ruedas traseras.

—¿A dónde vamos ahora, Eddie? —musitó ella, cuando aparecieron ya a ambos lados los familiares perfiles de establecimientos, anuncios y lugares frecuentados habitualmente.

—Tú, a tu casa.

—¡Eddie, por favor, no me dejes sola! —gimió ella.

—Es absolutamente necesario. No podemos seguir juntos, Linda. Acaso todo ha sido culpa mía, y te he metido en un buen lío, pero no, pude pensar que las cosas tomaran este cariz. Si antes tenías que defender tu reputación de una demanda de divorcio, ahora será preciso defenderla de una acusación por homicidio. Y eso es mucho más grave.

—¿Crees que pueden…?

—Claro que pueden. La esposa es siempre la primera sospechosa cuando el marido muere violentamente, y viceversa. Vuestras

relaciones íntimas no iban demasiado bien, y la policía te buscará enseguida. Vale más que te encuentres en casa cuando vaya…

—Pero no sé si podré yo sola soportar lo que…

—Escúchame bien —la miró fríamente, con energía—. Has de hacer todo como yo te diga. Soportarás lo que sea. Eres fuerte e inteligente. Eso basta. Busca siempre salidas difusas, no afirmes ni niegues nada concreto que luego puedan utilizar contra ti. Tampoco te dejes coger en ninguna trampa tonta. Te digan lo que te digan, no admitas nada. Los chicos de Homicidios son muy listos. Y si se encargara del caso el capitán Henderson, estaríamos listos.

—¿Por qué?

—Es una vieja historia. ¿Recuerdas que me expulsaren como, detective privado por enredarme con una chica estupenda? Eso me metió en un feo asunto. Y al final perdí la licencia. Pues bien, el capitán Henderson fue el encargado de quitármela y de ponerme el pie encima. No le era simpático. Ni se lo he sido nunca. Si pudiera, volvería a dañarme, como entonces lo hizo.

—Dios mío, Eddie, todo se complica.

—Por eso te digo que hay que vivir alerta, luchar contra las trampas de la policía y sus trucos de siempre, por hábiles que sean. Buscarán enredarte a ti. Y en cuanto sepan que yo tengo amistad contigo, sobre todo si es Henderson quien investiga las cosas se pondrá más difíciles. ¿Te ves dispuesta a defenderte con uñas y dientes?

—Sí —afirmó Linda con energía—. Y antes de que me acorralen, antes de deslizarme sin remedio, pediría un abogado.

—Estupendo. Cuando así sea, llama Broadway-
141 186.
Es un buen amigo mío, al que advertiré oportunamente. No hace milagros, pero es buen hombro de leyes.

—Broadway,
14-11-86
—sonrió Linda, animosa—. No lo olvidaré.

—Y recuerda: no sabes nada de nada. Cuando te hablen de la muerte de tu marido, desmáyate. Eso siempre da una tregua y ayuda bastante.

—Eres diabólico, Eddie.

—Soy práctico, pequeña —sonrió el exdetective, palmeando

suavemente a la joven—. Animo y adelante. Entra en casa como si vinieras de una alegre velada, riendo y gastando bromas. Finge un poco de embriaguez. Eso también va bien.

—¿Crees que podré?

—Eres actriz. Imagina que estás en el escenario.

—Sí, pero también tengo que imaginar que el público va armado de ametralladoras, y que al primer fallo, me acribillarán sin compasión —replicó ella, sombríamente.

Eddie no respondió nada. Acababa de detener su coche ante la casa de Linda Lamont. Ella se resolvió a encarar la grave situación con un suspiro. Abrió la portezuela, disponiéndose a salir.

Era muy tarde ya. La calzada, mojada por el riego, ofrecía manchas negras y brillantes, allí donde el agua formaba lagunas que secaba rápidamente el fuerte calor. Apenas transitaba nadie.

—En fin, adelante con valor —se animó a sí misma la joven. Inclinóse sobre Eddie y le besó suavemente, añadiendo—: Espero que esta vez no haya fotógrafos. Adiós, Eddie. Y perdona si mi amistad te ha metido en líos.

—No digas esto. Uno no cuenta nunca con las circunstancias ni con lo que los demás van a hacer. No me telefonees para nada. Vigilarán las líneas. Si lo haces, procura que sea desde fuera de tu casa, en cualquier teléfono público, y siempre que estés bien segura de que no te vigilan.

—¿Y si vigilan tu teléfono?

—Llamarás diciendo que eres una chica en busca de trabajo, una escritora, lo que se te ocurra. Y entonces, yo te diré dónde podemos encontrarnos, en forma velada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Eddie —salió a la acera. Al pisar en ella, cambió radicalmente. Soltó una carcajada, y comenzó a caminar en forma insegura, agitando sus manos. Su tono era el borroso y alegre de la mujer embriagada—. Ha sido una noche estupenda, muchacho. ¡Un verdadero sueño! Hasta mañana… y que tengas dulces sueños…

Hizo un ademán a Eddie, lanzándole un beso con la punta de los dedos y, ante el sobresalto de un transeúnte apresurado y trasnochador, dio un traspié en el umbral de su casa. Eddie supo que su tobillo no iba aún bien, pero el otro debió imaginar que ara producto del alcohol.

—¡Buenas noches! ¡Yupiii! —Agitó la mano, con una naturalidad

sorprendente, y entró en el vestíbulo de su casa tambaleándose graciosamente, con gesto estúpido.

Eddie sonrió, poniendo el coche en marcha.

—Buena actriz —dijo para sí—. Veremos si resiste mucho tiempo en el papel…

Se alejó de allí, desviándose de Broadway para buscar su propia casa. Se miró en el espejo retrovisor. Su aspecto era lamentable. Tenía que deshacerse de aquella camisa y de la americana manchadas de sangre. También se vio los labios manchados de *rouge* y, con una sonrisa, los frotó en su pañuelo. Igual que en el camerino del teatro.

Pegó un brusco frenazo, con el rostro alterado por algo. ¡El beso del camerino! Había una fotografía de todo eso. Y recordaba muy bien haberla guardado, en vez de devolvérsela a Linda. Hurgó en sus bolsillos, todos. No dio con la fotografía ni el papel escrito, en parte alguna. El sudor helado volvió a perlar su frente. La había perdido… ¿O se la habían quitado durante su desvanecimiento?

No le asustaba la idea de perder la comprometedora fotografía, sino de que alguien pudiera utilizarla en el futuro para extorsionarles, para amenazarles con entregarla a la policía. Lo cual sería sencillamente fatídico.

Buscando la desaparecida fotografía, dio con algo que ya había olvidado casi por completo: la carta recogida del buzón de Lamont. La estudió con calma. Era un sobre largo, de papel vulgar y sin membrete. Pero tenía algo curioso. Los sellos, de correo aéreo, no eran norteamericanos, sino del Canadá. Y el matasellos, de un punto tan distante como lo era Fort Liard, el distrito de McKenzie, Territorios del Noroeste.

Iba escrito a mano, con una letra angulosa, enérgica y tosca de trazo. El nombre de Burt Lamont, y su dirección en Nueva York. No figuraba remitente alguno.

Podía no significar nada. Era lo más probable. Pero tal como estaban las cosas, valía más no desperdiciar dato alguno. El sobre estaba cerrado. Lo abrió sin vacilar.

Apareció un pliego doblado, de papel recio y también sin membrete. El texto escrito con la misma angulosa y burda letra, era breve, contundente:

«Edgar:

»¿Creías ene nunca te encontraría? Ya ves cuán equivocado estás. Ni siquiera tu nombre de ahora ha podido engañarme. Sé dónde estás y lo que eres hoy. ¿Recuerdas nuestra deuda pendiente? Los años pasan, pero no se borra una cuenta así.

»Voy a saldarla. Pronto me tendrás en Nueva York, en tu propio mundo. Y esta vez, no te será fácil deshacerte de mí, como entonces.

»Esta vez, obtendré lo que es mío, o te mataré.

»Stuart».

Nada más. El texto era un galimatías para Eddie. No explicaba nada.

Al parecer, alguna vez y en alguna parte, Burt Lamont se había llamado Edgar. Y aquel Stuart le buscaba para saldar una vieja deuda, nada amistosa por cierto. Una amena de muerte iba implícita en aquel mensaje, Pero una lejana amenaza. Desde las tierras heladas, del noroeste del Canadá, cerca ya de las zonas árticas.

Volvió a estudiar el sobre, en busca de la fecha del matasellos. Estaba algo borrosa, pero le pareció que marcaba el día dos de agosto. Casi un mes atrás. Para venir por avión, aquella carta había traído mucho retrasa O Lamont no la había recogido del buzón, por descuido o por temor a leerla, Eso explicaba la fecha allí impresa.

Guardó la carta en su bolsillo. Era un nuevo motivo de reflexiones, pero no podía apartar de su mente el recuerdo de la fotografía. Y eso le trajo otro, encadenado con tal rapidez, que le hizo dar un respingo, en el asiento. ¡El negativo de la fotografía de Burt Lamont y Virginia Stern!

La había dejado sobre la mesa de su oficina, al ser llamado con tanta urgencia por Linda. Claro que no podía haber ocurrido nada, pero súbitamente sintió la necesidad de pasar por su oficina, antes que por su propio apartamento.

Se puso otra vez en marcha, a una velocidad de vértigo. Momentos después, frenaba con un chirrido frente al oscuro edificio de las oficinas donde él tenía su despacho de agente teatral.

Por detrás de los edificios de Nueva York, la luz del día comenzaba a despuntar tímidamente, con un

azul-gris
lívido y feo, destacando las antiestéticas moles de cemento en toda su fealdad habitual.

Eddie subió como una centella a la oficina, ante el estupor del conserje nocturno, que estaba a punto de retirarse. Al introducir la llave en la cerradura, descubrió ya que ésta se hallaba violentada.

CAPÍTULO V

Retrocedió un paso, con las facciones endurecidas por la belicosidad. Podían estar aún dentro de la oficina. Y no estaba dispuesto a sufrir nuevos golpes en su dolorida cabeza.

Abrió de un empellón, y luego se hizo a un lado, cada vez más furioso por no haber llevado consigo un arma. Las cosas se estaban poniendo de forma que los peligros brotaban a sus pies como los hongos después de la lluvia en el bosque.

No ocurrió nada. Lentamente, asomó la cabeza, mirando al interior de la oficina. Todo parecía normal, sin intrusos allí. Por la ventana se filtraba ahora la luz lúgubre del amanecer, derramando un resplandor gris sucio por los muebles.

Pero los ojos de Eddie descubrieron el desorden. Los papeles, los ficheros y fotografías cuidadosamente apilados y ordenados a lo largo de una noche de fatigosa tarea, dispersos por suelos y muebles, igual que si un huracán o una legión de vándalos hubiera cruzado por aquel preciso lugar.

Entró, jurando entre dientes, y dispuesto a destrozarle la cabeza al primer tipo que encontrara dentro de la estancia. Cerró de un portazo que hizo estremecer los cristales de la puerta sin que, por puro milagro, llegaran a hacerse añicos.

Recorrió la habitación de un extremo a otro, como un iracundo león en su jaula. Pisoteó los papeles, despidió fotografías a puntapiés, y contempló con ojos furibundos los cajones sacados de su sitio y los muebles y objetos revueltos en un desorden abominable.

No la fotografía; mil fotografías que hubiese tenido allí, hubieran volado, ante tan sistemático y rabioso registro. Sus ojos se clavaron en la pistola automática, una 38 especial «Colt», caída en un rincón, al ser revuelto el cajón donde yacía. Inclinóse para recogerla y comprobó con dedos nerviosos que contenía todo su

cargador completo.

La sepultó, con un rictus duro, en uno de los bolsillos de su americana. No iban a sorprenderle más sin armas encima. Y entonces, las cosas iban a ser muy distintas.

Al levantarse, rozó con los dedos los sándwiches, lamentablemente caídos y pisoteados, junto a un charco de leche y los fragmentos de los vidrios. Se le pegó el trozo de pan untado de mantequilla, y lo soltó con irritado gesto.

Entonces el pan cayó, vuelto del otro lado… y una exclamación brotó de labios de Eddie. Allí estaba el negativo.

Adherido a la mantequilla, y boca abajo el pan, apenas podía advertirse. Acaso él lo dejó caer, en sus prisas, y los intrusos buscaron en todos partes, menos donde realmente se hallaba. Tan a la vista había estado, que no pudieron imaginar tal cosa, y lo revolvieron todo.

Eddie sonrió, enseñando los dientes. Tenía en la oficina una camisa y una americana de *sport*, no demasiado veraniega. Pero para ir a casa y cambiarse allí más cuidadosamente, serviría. Era preciso despojarse de toda huella de sangre que pudiera llamar la atención.

Penetró en el cuartucho oscuro, también revuelto y con ropas, toallas y cuánto en él había, tan desordenado y disperso como en el despacho. Recogió la camisa y la chaqueta y se cambió. Con las sucias hizo un envoltorio, lo lió bien, y abriendo la tapa del excusado, lo depositó allí, cerrando de nuevo. Más tarde, tendría ocasión de ocultarlo en otro sitio mejor.

Arregló todo lo mejor posible. Cuando abandonó la oficina era ya pleno día, aunque el sol tardaría aún bastante en salir, y se encaminó directamente a casa por las calles desiertas, de un azul espectral y crudo, que hacía los rostros macilentos y demacrados.

Condujo rápidamente, se detuvo a escasa distancia del edificio de apartamentos donde vivía y avanzó con paso firme hacia la casa.

Estaba a mitad de la calzada, cuando clavó los ojos en un edificio situado a sus espaldas, unos grandes almacenes de gigantescos ventanales, sobre los cuales, la luz matinal hacía que todo se reflejara como un espejo. Fijó la mirada un solo instante, a la altura de su piso. Vio lo que ya esperaba. Un visillo de la ventana se agitó, cayendo por completo sin permitir ver nada más.

Para Eddie Wynter era suficiente. No vivía nadie más en su piso, ni persona que dispusiera de la llave, excepto la mujer encargada de su aseo, y ésa llegaba sobre las nueve o las diez de la mañana.

Había alguien arriba. Le estaban esperando. Y Eddie, que lo sospechaba, optó por mirar indirectamente, porque así los que aguardaban dentro del piso creerían que no había descubierto su presencia allí. El reflejo de su ventana en la casa de enfrente había sido revelador para él.

Entró en la casa. El conserje dormitaba, y Eddie pasó fácilmente sin despertarlo. Sin duda, la misma táctica emplearon sus visitantes.

Subió por la escalera, en vez de utilizar el ascensor. Llevaba la mano hundida en el bolsillo, cerrándola en torno a la automática. Alguien se iba a llevar una desagradable sorpresa. Y no él precisamente.

Esta vez lo habían hecho mejor. La cerradura no ofrecía señal alguna de haber sido forzada.

Pasó caminando sigilosamente sobre la alfombra, sin detenerse ante su piso. Por el contrario, llegó al fondo del pasillo y alzó el postigo de guillotina de la ventana. Allí estaba el patio, y a lo largo las ventanas del edificio, es su parte posterior. Una alta cerca, enfrente, cerraba el paso. Las escaleras de emergencia formaban hilera.

Eddie salió al alféizar y pisó la plataforma metálica. Comenzó a caminar por ella, pegado a la pared, hasta detenerse junto a la ventana de su propio apartamento. En verano estaba siempre abierta. Y tal como la dejara él, habíanla conservado sus visitantes.



Edda salvó el alféizar mientras...

4 — MORGUE

Sonrió durísimamente. La diversión iba a empezar. Pero ahora le tocaba a él divertirse.

Avanzó con cautelosos movimientos. Despacio, fue asomándose por un lado de la ventana, y miró al exterior. Casi le hizo reír el espectáculo de las tres espaldas vueltas hacia él, con revólveres fijos

en la entrada del pasillo, por la que esperaban de un momento a otro la aparición de su presa.

—Tarda mucho ese tipo, Johnsie —dijo uno de ellos, con tono de buldog.

—¿Quieres cerrar el pico de una vez, Bartok? —regañó, sibilante, otro de voz aguda—. Si ese gusano de Wynter oye algo, no entrará…

—¿Me buscáis, hijitos?

La pregunta de Eddie hizo dar un respingo formidable al trío de visitantes al acecho. Todos se volvieron en redondo, y clavaron sus ojos en el aparecido.

El llamado Bartok hizo acción de manejar su revólver, de puro nervioso. Wynter le clavó una bala en la mano, de un seco disparo sin vacilaciones. Su automática, tras el áspero estruendo del arma, que sin duda revolucionaría a toda la vecindad, siguió encañonándoles a todos.

—¿Vais a ser buenos o queréis otro saludo tan ruidoso como éste? —dijo fríamente, en tanto que Bartok, con unos rugidos dignos de un perro de presa pisoteado, se aferraba la mano, de la que goteaba sangre copiosamente. Su revólver, de cañón chato, yacía a sus pies, tan inútil como si hubiera sido un sonajero.

—Es muy listo, ¿eh, Wynter? —Silabeó el de la voz chillona, con un gesto hosco en su cara de gorila.

—Más que vosotros, hijitos. Si hubierais sido medianamente inteligentes, hubierais hallado el negativo. Estaba allí mismo, a vuestro alcance…

—No es cierto. No estaba en ningún sitio y… —comenzó uno de ellos, el que aún no había despegado los labios, pero cuya voz y expresión era tan brutal como la de sus compinches.

—¡Calla tú, Flanagan! —aulló el llamado Johnsie, con su estridente voz. Miró malignamente a Eddie, bajando su revólver—. Bueno, usted gana… por ahora. No hemos venido a batallar a tiros.

—Pues entonces tiren la chatarra al suelo, y empiecen a contarme su historia, o les agujereo la piel a ver si están más guapos —avisó Eddie con voz seca. Observó que no sucedía nada fuera del piso. Acaso habían supuesto que era el escape de un motor o el reventón de un neumático. También cabía la posibilidad de que supieran lo que era un disparo y no quisieran meterse en

averiguaciones. La prudencia del ciudadano americano era a veces admirable—. Eso está mejor, gorilas. Ahora podemos charlar. Y rápidos, o vuestro feo amigo Bartok se desangrará como un cerdo.

—No va a sonsacamos nada, Wynter —le avisó Flanagan con mirada de odio—. Pierde el tiempo:

—Seguro —rió Eddie—. Y alguien pierde tiempo y dinero enviando a sus perros de presa sobre mí. Si me conocierais mejor, sabríais que Eddie Wynter no es sólo un pobre agente teatral inexperto en estas lides.

—Sabemos lo que ha sido y nos avisaron de sus tretas —gruñó Bartok.

—¿De veras? Pues mal aprendieron, o no tienen ni la inteligencia de un mosquito.

—A veces se gana y a veces se pierde, Wynter.

—A mí me gusta ganar siempre.

—Otra vez no tendrá tanta suerte.

—No habrá otra vez, si no, habláis claro.

—¿Va a matamos? —se mofó Flanagan, con una mueca Bartok.

—Sí. Puedo mataros a los tres con absoluta legalidad. Sois salteadores. Os sorprendí en mi piso, y os maté. Supongo que vuestra filiación me ayudaría bastante ante la policía.

Se miraron con temor. Eran tres mastodontes con sesos de recién nacido. Eddie, con durísimo gesto, esperaba el resultado del diálogo.

—Bueno, Wynter, después de todo, acaso tenga usted razón —masculló de mala gana Bartok—. Nos paga para recuperar esa fotografía, una de las partes interesadas en ella. Usted sabrá quién es.

—Yo, no sé nada. Espero que me lo digáis.

Se volvieron a mirar entre sí, perplejos. Al final, declaró rudamente Bartok:

—Mire, Wynter, nos han pagado para hacer el trabajo sin dar ellos la cara.

—No me lo creo, gorila. Inventa algo mejor o te hago un agujero en la cabeza.

—Pues hágamelo, pero es cierto. Sabemos que es una persona muy interesada en recuperar esa fotografía. Nos dio quinientos dólares a cada uno por hacerlo. Y nos daría otro tanto si todo salía

bien.

—Todo, eso no se hace por el aire, Bartok. Alguien hablaría con vosotros, a alguien tendríais que darle después el negativo… y recibirías de él vuestro dinero. ¿Crees que soy un imbécil, Bartok?

—Es la pura verdad. Me hicieron la oferta por teléfono. Si aceptaba, el dinero estaría depositado dentro de una cartera de mano, en consigna, con el nombre de John Smith, y el resguardo lo hallaría debajo de una copa de licor, en la barra del «Golden Club», cuando yo fuera allí a beber.

—¿Y fue así?

—Sí.

—¿Quién dejó el resguardo?

—No lo vi. Sólo sé que fui al club, tomé una copa y miré en derredor mío. Nadie se me acercó, con especial interés. Pero al marcharme, el camarero dijo que se me olvidaba un papel doblado bajo mi copa. Era la contraseña de la consigna.

—¿Y esta consigna?

—Era de la Estación de Pennsylvania. Fui por la cartera y allí estaba el dinero, con un número de teléfono, para que informara. Entonces recibiría instrucciones para el resto del pago y la entrega del negativo. Le juro que es la pura verdad.

—Bueno, Bartok, voy a creerte… si me dices cuál es ese teléfono.

—No… No puede usted pedirme una cosa así.

—¿No? Bueno, pues no la digas —sonrió salvajemente Eddie—. Voy a ver si tienes sesos o serrín dentro de tu cabezota dentro de un segundo…

—¡Bueno, espere! —jadeó el hombretón, apurado—. Es… Es Judson 6-2020.

—Judson
6-2020…
—repitió Eddie mecánicamente, acercándose al teléfono sin soltar su pistola—. Veamos.

—¡Eh! ¿Qué va a hacer? —chilló Flanagan—. ¡No marque ese número… ahora!

—¿No? ¿Y quién va a impedírmelo?

—No… No debe hacerlo —gimió el otro—. Será un desastre… para nosotros…

—De haber hecho tú la llamada, el desastre hubiera sido el mío —rió Eddie, hacienda girar el disco una y otra vez.

Quedó establecida la comunicación. Eddie ahuecó la voz, en cuanto escuchó que le interpelaban:

—Soy yo, Bartok. ¿Me conoce?

—Sí —la voz asintió—. Espere. Van a ponerse ahora mismo.

Una espera. Eddie esperó, complaciéndose en la palidez e inquietud de las tres caras simiescas alineadas frente a él. Flanagan miraba al suelo con disimulo y avanzaba poco a poco hacia su revólver.

—Da un paso más y será el último —avisó Eddie, taponando el receptor.

Flanagan dio un respingo, y retrocedió vivamente. En el teléfono, una voz sorda, disimulada, habló brevemente ahora:

—¿Bartok? ¿Lo tiene ya?

—Sí. Fue fácil —Eddie imitó el tono del rufián—. ¿Qué hago ahora con ello?

—Guardárselo —rió huecamente su interlocutor—. ¿Cree que va a engañarme, Wynter?

—¿Me ha reconocido? —Eddie rechinó los dientes—. Es usted muy listo.

—Y usted no es tonto, si ha cazado a Bartok y su pandilla. Pero ya veremos si sigue adelante con la misma suerte.

Colgaron con un seco «¡clic!». Eddie también, irritadamente. Miró a Bartok.

—¿Tenían alguna señal convenida? —preguntó.

—No. Y usted lo hizo bastante bien —admitió Bartok, sorprendido.

—Eso me pareció. Ese hombre conoce muy bien mi voz… o es capaz de distinguirlas con una facilidad pasmosa —gruñó Eddie, perplejo. Miró a los tres feos visitantes y habló con acritud—. En cuanto a vosotros tres, largaos de aquí. Y de una vez para siempre, ¿entendido? Ahora voy a enviar ese negativo por correo, a alguien que no será tan fácil quitárselo. Y con la indicación de enviarlo a los periódicos si algo me ocurre a mí. Decídselo así a vuestro patrón, si habláis con él. ¿Entendido?

—Sí, Wynter… Entendido. ¿Podemos llevarnos la… la chatarra?

—No. Será un bonito recuerdo de tres amigos —rió el joven—.

¡Vamos, marchaos ya! Quiero dormir un poco, y el contemplar vuestras caras me quita el sueño.

Flanagan abrió la puerta, y los tres salieron apresuradamente. Eddie cerró la puerta, con un bostezo. Ya no le divertía haber hecho pasar tantos apuros a aquellos tres bribones a sueldo. Era la voz del teléfono la que le intrigaba. Un hombre astuto el interesado en el negativo. ¿Pero quién podía ser?

El sueño le estaba agotando, por momentos. Eran muchas horas de incesante movimiento, muchas emociones y azarosas circunstancias, para no sentirse fatigado.

Bostezó de nuevo, camino ya de su dormitorio. Sin querer, pensó en Linda. La mujer a quien representaba artísticamente. Esta noche de pesadilla, la había llegado a conocer mejor que nunca. Y no podía apartarla de su mente. Era una chica estupenda. Y valerosa.

Esperaba que saliera bien del apuro. Esperaba que todo, fuera bien, y no les complicaran en el crimen del Bronx.

Quería meditar sobre esto último, tratar de imaginar si alguien era capaz de cometer el asesinato de aquella manera. Kenneth Dickson, el socio burlado… Earl Neumann, esposo de Virginia, que podía saber las maniobras de Lamont y desear la venganza… Johnny Powers, el celoso de Burt Lamont, por su pasión hacia Linda…

El sueño le sorprendió tendido boca arriba en su lecho, mientras barajaba todos esos nombres, y el sol entraba ya por entre las rendijas de la persiana de su alcoba.

CAPÍTULO VI

Cuando despertó, el sol estaba ya muy alto.

Tanto, que no penetraba por la ventana sino en forma oblicua, prácticamente nula. Eddie Wynter se incorporó, consultando el reloj de pulsera. Eran ya las cuatro de la tarde.

Aún sentía sueño, pero lo dominó con una ducha de agua fría y el aseo general. Se afeitó y peinó cuidadosamente. Cubrió el profundo corte de su nuca con un esparadrapo.

Fue a la cocina y abrió la cámara frigorífica. Había botellas de leche, huevos, mantequilla, fruta y algunas, cosas más. Con todo ello, y un bote de café, dispuso su desayuno. Mientras el café bullía sobre la cocina eléctrica, abrió la radio, para escuchar los boletines informativos.

Estaban dando bailables por varias emisoras. Mantuvo una de ellas en sintonía mientras desayunaba, y la espera no resultó vana. Pero casi cortó su digestión.

Un locutor habló entre dos discos de bailables:

> «—La policía, en relación con el asesinato del famoso productor teatral Burt Lamont, creador de numerosos éxitos en Broadway, entre ellos la famosa "Kiss him, Joan", actualmente en cartel, ha procedido al arresto de la esposa del productor, Linda Lamont, estrella de la producción citada, bajo la sospecha de posible culpabilidad en el delito, o al menos complicidad o encubrimiento del culpable. Seguiremos informando a nuestros oyentes de cuánto sobre el misterioso caso que hoy apasiona a Nueva York, llegue a nuestros boletines informativos».

Siguió la música. Pero Eddie maldito si sentía ganas, de escuchar

música alguna. Se puso en pie de un brinco, y se olvidó por completo del desayuno. El apetito había desaparecido totalmente. Cerró la radio y corrió a su alcoba.

Se vistió con rapidez, mientras en su mente se repetía la noticia una y otra vez, con machacona insistencia: Linda arrestada… Linda arrestada… Sospechosa de asesinato… Sospechosa de asesinato…

Acababa de anudarse la corbata cuando zumbó el timbre de su puerta. Eddie se quedó tenso. Estiró los dedos, cerrándolos en torno a la culata de su pistola, que guardaba en el bolsillo del pantalón. Luego se encaminó al vestíbulo. El timbre, impaciente, sonó dos veces más, antes de que Eddie abriese de un tirón.

—Buenas tardes, señor Wynter —saludó una voz conocida.

—¡Inspector! —Eddie fingió serenidad absoluta frente a la corpulenta, sólida figura del inspector Henderson, de Homicidios, El desayuno sufrió una contracción revulsiva en su estómago—. ¿Qué se le ha perdido por aquí? ¿Viene acaso a traerme la licencia otra vez?

—Vengo a ver si puedo quitarle también la licencia de agente teatral —rió cruelmente el hombretón, temblándole la barbilla con aquella risa suya, espasmódica y desagradable—. Sería una satisfacción personal que nunca olvidaría.

—Es usted como los buitres, inspector. Le gusta siempre cebarse en la carroña.

—¿Y usted es la carroña? —dijo burlonamente el policía, guiñando un ojo al alto individuo de traje claro y camisa
azul-gris
que aparecía plantado tras él.

—Lo soy desde que usted me pisoteó. Desde entonces ha pisado usted tanta basura, que empieza a oler mal, inspector.

—¡Basta! —Gruñó Henderson con frialdad, dándole un empellón suave pero enérgico—. Vamos dentro. Tenemos que hablar.

—¿Es obligatorio dejarle pasar, inspector? No me gustan las visitas molestas.

—Tendrá que soportar la mía. No es muy diplomático y esto le perjudica siempre. Yo podría haber sido entonces su amigo.

—Sí, Claro. ¿Qué precio hubiera puesto a la amistad?

—Cuidado, Wynter —le reprendió el policía, agitando un dedo amenazador—. Puedo encerrarle por acusarme de sobornado.

—¿Quién ha dicho tal cosa? —Eddie puso gesto inocente—. Un precio no es siempre dinero.

—¿No? ¿Qué es entonces?

—No sé. Algo a cambio de otra cosa. Una mujer, con una mirada puede pagar algo. Eso es también un precio. Y más alto que el del sucio dinero que gusta a algunos, inspector.

—Tal vez —el policía Se sentó con cínica firmeza en una butaca del recibidor. Su compañero cerró la puerta suavemente y se apoyó de hombros en ella, sin quitar los helados ojos de Eddie Wynter—. Si para usted una mirada de mujer es un alto precio, supongo, que un beso será algo así como diez millones de dólares. Y si esa mujer se entrega a usted… sube a la luna.

—¿Qué está pretendiendo insinuar? —Sin saber por qué, Eddie se irritó.

—Yo nunca insinúo nada, Wynter. No me gustan los rodeos ni la charla inútil: ¿Usted no mataría por una mujer hermosa y enamorada? Enamorada de usted, se entiende.

—No sé qué quiere decir ni a dónde va a parar. Jamás maté a nadie.

—¿Está seguro?

—¿Lo está usted?

—Yo he matado —rió Henderson, agitando su odiosa barbilla—. Pero siempre en cumplimiento de mi deber. Aquí se trata de saber si quien ha matado es… usted.

—No tengo motivos para desear la muerte de nadie.

—¿Ni a Burt Lamont?

—¿Lamont, el productor? Claro que no Tipos como él me dan a mí de comer.

—Y mujeres como la de él ciegan a tipos como usted y otros, Wynter —acusó Henderson glacialmente, clavando en él sus malignes, duros ojos celestes.

—Inspector, empieza usted a ofenderme —replicó tajante Eddie, mientras su cerebro funcionaba a toda velocidad.

—¿Sí? Pues a ver si se siente menos ofendido frente a pruebas concretas. Ésta, por ejemplo…

Había extraído de su amplia chaqueta veraniega, un sobre. Y de él una fotografía, que tendió a Eddie con gesto rápido y agresivo. El joven se estremeció al verla.

Era la fotografía de Linda y suya. Besándose en el camerino del teatro.

—Jamás vi esa fotografía —dijo con serenidad inalterable—. ¿Es una composición habilidosa, inspector?

—Es una foto legítima y sin trucos, si la opinión de los peritos policíacos vale de algo.

—Ya. ¿Y qué significa en sus manos? ¿Se dedica ahora a descubrir enredos matrimoniales? Si es así, hay un vodevil en el «Embassy» que…

—Déjese de interpretar su papel de hombre dueño de sí. Wynter. Está cazado y lo sabe. Me importan un comino los líos entre hombre y mujer. Pero no cuando estos representan la causa de un crimen.

—¿Un crimen? ¿Qué crimen?

—El de Burt Lamont, en su residencia de Bronx Fark. Con sus huellas y las de la señora Lamont en un magnífico rifle de caza, disparado recientemente, y encontrado en su coche, Wynter.

—¿En mi coche? —Eddie dio un respingo, perdiendo parte de su serenidad.

—Dentro del portaequipajes, envuelta en trapos de grasa. ¿Es bastante?

—Cualquiera pudo ponerlo allí.

—Sí. Y cualquiera pudo poner esa fotografía en el bolsillo de la bata de Burt Lamont. Pero da la casualidad de que ambas cosas, unidas al hecho de que usted fuera anoche a recoger en su coche a la señora Lamont, y de que hayan vuelto ya de día, aunque ella se fingiera bebida y regresando de una fiesta, representan demasiado para que la policía lo pase por alto. Señor Wynter, formalmente le conmino a que venga con nosotros al departamento, para responder a un interrogatorio sobre el caso.

—¿Es una detención en toda regla, inspector?

—Aún no.

—No quiere dar patinazos prematuros, ¿eh? —ironizó Eddie con sarcasmo.

—No arresto nunca a nadie, sin plena convicción y pruebas concretas. Ni siquiera la señora Lamont lo está… todavía. De sus declaraciones y coartadas depende todo.

—¿Y si me niego a ir?

—Le detendré como testigo presencial del hecho, Wynter. Y será

aún peor.

—¿Testigo? Yo no sé nada de nada. Ni he presenciado cosa alguna.

—No siga por ese camino, Wynter. Ella ha confesado ya todo.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —Eddie no se descompuso por lo que juzgó una mentira burda.

—Bien lo sabe; su adorada Linda. Fueron a ver a Lamont de madrugada, por causa de esa fotografía, y oyeron el disparo. Entraron, y lo encontraron muerto. Les atacaron a ambos, derribándoles. Todo muy emocionante y novelesco, pero difícil de creer.

Eddie no respondió. Linda no había podido soportar las astucias y crueldades del inspector. Era demasiado duro para que una mujer pudiera eludirle. Se sintió vencido. La verdad sería lo último que la policía creería de ellos. Aunque ingenuamente, Linda había apelado a ello como recurso final para eludir el angustioso cerco de preguntas.

—Está bien —suspiró Eddie—. Vamos allá. Voy por mi propia voluntad, inspector.

—Lo cual lamento de veras. Me hubiera gustado que se resistiera, Wynter.

—Sí, a usted le gustarían muchas cosas. Pero va a sentirse muy defraudado…

Henderson y el sargento Nelson se miraron rápidamente entre sí.

—¿Se figura que vamos a creernos eso, Wynter? —Gruñó Henderson, irritado.

—Es la verdad. Y eso es lo que a usted le enfurece, inspector. Quisiera una historia que no coincidiese con la de la señora Lamont, para acusarnos a los dos de culpables.

—¡Les acusaré igualmente! —aulló el policía—. ¡Todo es una comedia urdida por usted, que le ha enseñado a la chica a machamartillo!

—Trate de desvirtuar la verdad de esos hechos, si puede.

—¡Claro que podré! —replicó Henderson, mordisqueando su cigarro apagado—. Será tarea de niños enviarles a los dos a la silla eléctrica, Wynter.

—No sea tan duró, inspector —le pidió el sargento Nelson, estudiando fijamente a Eddie—. Es posible que sean culpables.

Estoy por asegurar que lo son. Pero no debe manifestar tan crudamente sus sentimientos.

—Déjele, sargento —intervino Eddie lentamente—. Es su modo de ser. Por fortuna, existen pocos policías como él. Pero donde hay uno, la pasión y los prejuicios impiden qué se cumpla la justicia. El veneno le rebosa por todos los poros.

—Escúcheme, Wynter —habló Henderson, con acerada voz y mirada biliosa—. Una vez le sorprendí en un enredo con una mujer a quien su misión era seguir y vigilar. Entre ustedes dos consiguieron que un importante contrabando pasara las costas americanas, y se llevaron su comisión, mientras el marido de ella moría en un extraño accidente. Jamás me creí la historia de su inocencia, pero fue bastante listo para evitar que hubiese pruebas en contra suya. Sólo logré retirarle la licencia profesional, pero me propuse a mí mismo, cazarle a la primera ocasión en que volviese a las andadas, y he aquí que las pruebas llegan solas a mis manos cuando usted casi repite su aventura de entonces.

—Inspector, entre Linda Lamont y yo no hay nada. Solamente una buena amistad.

—¡Amistad! —Un sucio, sarcasmo latió en sus palabras—. Yo no lo llamaría así…

Eddie se puso en pie de un brinco, derribando la silla. Nelson le detuvo con su recia mano, cuando iba a lanzarse sobre Henderson.

—Bueno, ya basta —cortó el sargento—. No haga locuras, Wynter. Y usted, Henderson, no debería excitarle tanto. ¿Va a dictar orden de detención?

—Sí. Contra los dos.

—Muy bien. Avisen a mi abogado —pidió Eddie.

—Todavía no es el momento. Va a declarar y firmar lo que ha contado antes y…

—No voy a declarar ni firmar nada, inspector Henderson —dijo fríamente Eddie—. Mis derechos me señalan claramente que puedo requerir la presencia de mi abogado, antes de declarar ni firmar nada.

—¡Después avisaremos a su representante legal, Wynter! Mientras tanto, usted…

—Exijo la presencia inmediata de un abogado, inspector. Y la existencia de una detención legal y concreta, o me marcharé de

aquí ahora mismo, exigiendo además la libertad, de la señora Lamont.

—Muy bien, si ése es su gusto, voy a acusarle de asesinato en primer grado y…

—Cuidado, Henderson —avisó Nelson gravemente—. ¡Es muy serió presentar esa acusación sin otras pruebas que esa fotografía! No hay contradicción en sus respectivas historias. Un abogado listo puede complicamos la vida si acude en el acto y…

—¡Peste, Nelson! ¿Entonces qué quiere que haga?

—Puede retenerles como, testigos y hacerles declarar cuánto desee. Pero en cuanto exista acusación, está sujeto de pies y manos. Una demanda de «*habeas corpus*» lo echaría todo a rodar, y haríamos el ridículo, teniendo que soltarles.

Henderson, furioso, estudió esa posibilidad. Comprendió que su posición era aún muy frágil. Descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Muy bien! —aulló—. ¡Les retendré como testigos del hecho! ¡Y ahora sí que declararán y me firmarán su declaración!

—Así lo haré, inspector.

—¡Y si cometen el menor desliz, les agarraré para no soltarles más!

—El enemigo que avisa es leal. No lo olvidaré. Pero recuerde que también un testigo tiene limitado el tiempo de retención legal. Espero que no haga falta avisar a mi abogado para que nos ponga en libertad.

—No tema… —Inclinó hacia él su faz enrojecida—. Esta vez se escapa por poco. Pero eso no significa nada. Sus declaraciones serán comprobadas. ¡Y cuando les arreste, no dejaré ningún cabo suelto, Wynter! ¡Ni mil abogados podrán entonces sacarles de donde yo les encierre!

—Lo creo, Henderson. De usted, lo creo todo.

—El día que se presente ante un juez, con el caso cerrado por mí mismo, será condenado sin remisión, Wynter —siguió con sadismo el policía—. ¡No le quepa duda!

Eddie se encogió de hombros alegremente. Pero en el fondo, estaba sumamente preocupado. Sabía que Henderson haría lo que estaba prometiendo. Era un hombre duro e implacable. Si se proponía hundir a alguien, indefectiblemente lo conseguía.

Y a pesar de todas sus fanfarronerías y alardes de serenidad,

Eddie sabía muy bien lo terriblemente precaria y peligrosa que era su situación actual.

CAPÍTULO VII

—Aún no, logro comprenderlo, Eddie.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Nuestra libertad. Creí que nos encerrarían definitivamente en ese horrible edificio.

—No, no ha sonado nuestra hora. Henderson ha comprendido que se precipitaba, y no desea correr riesgos. Pero nos tiene bien cogidos, Linda. De eso estoy seguro.

—¿Crees que volverá a molestarnos?

—¿Molestarnos? Hará algo más que eso, Linda. Nos vigilará día y noche, controlará nuestras líneas telefónicas y nos hará seguir a todas partes. Desmenuzará nuestro pasado, indagará de todo el mundo, y buscará pruebas donde las haya. Cuando tenga completo el cuadro y juzgue que no podemos evadimos en forma alguna, nos dará el golpe de gracia.

—Pero, Eddie, somos inocentes. No hemos cometido crimen alguno…

—Sí, Linda. Una hermosa convicción íntima… personalmente tuya y mía. Tú sabes que soy inocente, porque el disparo y el grito de tu marido sonaron cuando estábamos los dos juntos. Yo sé que no eres culpable, porque estabas a mi lado cuando eso ocurrió. Pero ¿quién más lo sabe? Absolutamente nadie. Ni nadie nos creería, que es lo peor.

—¡Dios mío! ¿Y qué vamos a hacer, entonces? —se lamentó ella.

—Luchar.

—¿Pero cómo? ¿En qué forma se puede luchar frente a la policía? No podemos evadirnos de la ciudad ni de ninguna parte. Nos vigilan y tenemos prohibido abandonar la ciudad, por nuestra supuesta condición de testigos. Encerrados aquí, en esta selva de cemento, ¿qué podemos hacer nosotros dos solos, Eddie?

—Buscar la verdad.

—¿La verdad? ¿Qué verdad?

—La razón de ese crimen. Y el culpable.

—Eso no es fácil, Eddie. ¿Cómo hallarlo, entre diez millones de habitantes?

—El círculo es mucho más reducido, Linda. Sospecho que son muy pocas las personas mezcladas en esta pesadilla sangrienta.

—¿Tienes alguna idea?

—¿Ideas? Tengo muchas. Escucha, Linda —le refirió cuanto él sabía y ella ignoraba aún.

Iban camino de Broadway. Era ya plena noche, los establecimientos derramaban su luz por las aceras, y una muchedumbre sofocada se lanzaba a las calles, desde sus alojamientos o lugares de trabajo, en busca de un poco de aire. Todo Nueva York era un inmenso horno.

Habían perdido más de seis horas en el Departamento Central, Sección de Homicidios, hasta que Henderson se resolvió a soltarles, con la misma expresión de un gato que soltara de una ratonera a dos ratoncillos ligados por la cola, y de quienes bastara dar un leve tirón para recuperar en el acto.

—Eddie, todo eso es muy confuso. ¿Le ves alguna relación?

—No. Sólo sé que un socio de Lamont, Kenneth Dickson, estaba al borde de la ruina porque tu marido disolvía esa sociedad. Ahora, al morir Burt inesperadamente, Dickson hereda los derechos de la sociedad y salva su grave situación. Es un motivo perfecto para un crimen.

—¿Y esa carta del buzón?

—Es la segunda incógnita. ¿Quién pudo escribirla? Sabemos que se llama Stuart y vivía, o vive aún, en Fort Liard, Canadá. Nada más. También sabemos que llamaba a Burt por el nombre de Edgar. ¿Has oído tú alguna vez a Burt hablar de ese supuesto o auténtico nombre?

—Nunca. Ni de ningún Stuart. Ni tampoco del Canadá o de otro nombre suyo anterior.

—¿Pero qué sabes en concreto del pasado de tu marido?

—Casi nada —admitió Linda, tras un silencio—. Sé lo que todo el mundo. Que era rico, aficionado a grandes espectáculos teatrales, y hombre influyente en todas las esferas. Del origen de su fortuna y del suyo propio jamás habló cosa alguna. Siempre ha sido un

hombre hermético, Eddie.

—Lo sé. Bien, hemos de averiguar quién es Stuart, dónde está ahora… y a ser posible quién era Burt Lamont, antes de convertirse en alguien.

—¿Cómo?

—He sido detective privado, Linda. Aún dispongo, de amistades útiles al respecto.

—Aún no me has hablado del tercer aspecto del caso: los hombres que fueron a hacerte daño a casa, después de desordenar tu oficina. ¿Qué significa eso? ¿Quién les paga?

—Ni ellos lo saben. Les creí, porque carecen de inteligencia para inventarse algo tan complicado como todo aquello. Luego, lo comprobé al llamar por teléfono.

—Y me has dicho tú mismo que él, quienquiera que fuese, reconoció tu voz. ¿Y tú la suya?

—No la reconocí. Juraría que la he oído en otras ocasiones…; sin embargo, no me resultaba familiar. Algo raro, que no logro entender por completo. Como tampoco entiendo muchas otras cosas. Esa fotografía, al parecer, sólo puede tener interés para Burt y para Virginia Stern. Y Burt ya no cuenta. En principio, pensé si sería Burt mismo el que les contrató. Pero no es así, porque su jefe aún vivía cuando Burt había muerto.

—¿Cómo vas a seguir esa pista?

—Tengo dos medios: un local y un número telefónico. El «Golden Club» y un Judson,

6-2020.

Pueden ser un mismo sitio, pero no lo creo.

—Claro que no, Eddie. Los números de Judson corresponden al centro mismo de Manhattan. Y el «Golden Club» se encuentra justamente frente al edificio de la «Eastern Televisión».

—¿Eh? —Eddie dio un respingo—. ¿Es cierto eso, Linda?

—Naturalmente. Van muchos de teatro, y yo misma he ido algunas veces, Eddie.

—¡Cielos! —Eddie respiró con fuerza—. De modo que ahí le entregaron a Bartok el resguardo de la consigna… Que me ahorquen, si no ha sido uno de sus clientes.

—¿Quién?

—El hombre que contrató a Bartok y sus esbirros para robarme

la fotografía. Y en tan corto espacio de tiempo como transcurrió entre la realización de esa fotografía y el ataque de los rufianes alquilados, solamente una persona muy enterada de los hechos podía haber sido.

—¿Por dónde vas a empezar?

—Ante todo, por esa carta del Noroeste. No sé por qué, sospecho que significa mucho en este misterio, Linda. ¿Recuerdas el arma con la que mataron a Burt?

—Sí —se estremeció ella—. Una escopeta de caza…

—Justamente. La que alguien dejó en mi coche, mientras nosotros estábamos desvanecidos. Es un arma impropia de la ciudad. Nadie va de caza en Nueva York. En cambio, abundará mucho en el Canadá, en las grandes regiones de selva y montaña…

—Eres maravilloso, Eddie —declaró Linda, deteniéndose súbitamente frente a él, con ojos brillantes de admiración—. Nunca se te escapa un solo detalle… Sé que al final darás con la verdad y saldremos de este atolladero. Tengo, fe en ti.

—Gracias. Eso demuestra cuán poco me conoces. Si estuvieras dentro de mi pellejo, no te sentirías tan segura. Voy como entre nieblas, dando palos de ciego para andar. Igual puedo encontrar la luz, como caer a un barranco y arrastrarte a ti conmigo.

—Aun así, Eddie —el tono de Linda era emotivo, tembloroso. La luz de los luminosos de Broadway se reflejaba maravillosamente en sus hermosos ojos verdes—. Creo que no me importaría ir al abismo contigo…

—Fort Liard, distrito de McKenzie… —El hombrecillo menudo y enjuto, de rostro afilado y ojos vivaces e inteligentes asintió con la cabeza—. Sí, Eddie. Creo que obtendremos respuesta de allá, con los datos que tienes sobre ese Stuart, si es conocido. Anoto la estafeta, en que la carta fue expedida. Como la oficina postal aérea será reducida, acaso recuerden a su remitente si es persona familiar a los funcionarios. Respecto a Burt Lamont, creo que mis hombres podrán proporcionarte algunos datos en breve. ¿A dónde puedo enviártelos?

—Mientras esté libre, a mi casa —dijo burlonamente Eddie, incorporándose—. Cuando leas que me han arrestado, puedes probar a la cárcel. A lo mejor me los entregan.

—Tú siempre de buen humor, Eddie —rió Sam Allgood, antiguo

compañero de Eddie y colega suyo de cuando Wynter ejercía como detective.

—Es lo último que se pierde… exceptuando la vida —gruñó Wynter lúgubremente, echando a andar hacia la salida de la pequeña oficina—. Y gracias por el favor, Sam.

—¿Gracias? Vamos, no digas tonterías. Eddie. ¿Crees que puedo olvidar cuántos favores te debo yo a ti, de mucha más importancia? Soy tu amigo, en ésta y en todas las oportunidades.

—Otra cosa aún, Sam. La última.

—Te escucho. Pide las que sean precisas.

—Necesito, saber a quién y a qué lugar pertenece el número Judson,

6-2020.

—Eso es fácil y rápido —rió Sam, encaminándose a una estantería de su oficina. Extrajo un libro—. Aquí está la explicación de ese pequeño misterio.

Eddie admiró el sistema de trabajo de Sam. Se dijo que no sería un hombre de acción como lo fue durante su ejercicio de la profesión, pero que jamás nadie lograría tampoco alcanzar su minuciosidad y astucia en todo.

En aquel libro, se había reproducido parte de una guía telefónica, pero, al revés. Clasificada por números, con el abonado detrás. Un trabajo de chinos. Había varios volúmenes. Éste aparecía rotulado con letras doradas y el nombre: Judson.

—Aquí está —dijo el detective tras rápido paso de hojas—. El 6-2020 corresponde a… Bueno, a un tal Hal Gardiner, agente teatral.

—¿Eh? —Eddie pegó un respingo y encajó las mandíbulas—. ¿Estás seguro de esto?

—Míralo tú mismo.

—¡Pero si Gardiner tiene otro número de teléfono!

—Éste es uno especial, en efecto —asintió, consultando el libro —. Aquí consta como no incluido en los listines, para uso estrictamente privado. Pero está en su oficina de la Calle Ochenta y Dos.

—Sam, algún día te levantarán un monumento como te mereces —exclamó Wynter, corriendo hacia la puerta.

—Sí. Una buena cruz, para cuando me haya muerto —rió

huecamente Allgood cerrando, el libro—. ¡Buena suerte, Eddie! Ya te avisaré en cuanto sepa algo de lo tuyo…

Eddie asintió, ya en la salida, y cerró tras de sí. Consultó su reloj. Eran las doce menos veinte de la noche. Descendió a la calle. Miró hacia donde había dejado aparcado su coche. Algo más lejos, otro oscuro e impersonal aparecía aparcado y su conductor fumaba apaciblemente, apoyado un brazo en el volante.

Eddie pasó junto a él y le dijo al conductor:

—Vamos, amigo, suelte el cigarrillo que ya me voy. Henderson le sacará la piel a tiras si me pierde de vista.

El policía masculló algo, realmente perplejo, pero siguió a Eddie dócilmente cuando éste enfiló por la Séptima Avenida arriba.

Eddie, con una dura sonrisa, contempló a su seguidor a través del espejo retrovisor.

—Lo lamento, hermano, pero no me importa lo que hagan con tu piel. Tango trabajo —gruñó entre dientes Eddie, pisando de repente el acelerador, frente a una luz que cambiaba de color en aquel momento.

Salvó el cruce cuando ya brillaba el rojo, y un agente de tráfico le mire con irritación. Pero cuando su seguidor quiso imitarle, el silbato le frenó en seco, y a pesar de sus gestos de protesta, el agente de tráfico no quiso acudir a escucharle y se limitó a no cederle paso, hasta el cambio de la luz.

Para entonces, del coche de Wynter no había el menor rastro, ni lo encontró el policía, por mucho que danzó arriba y abajo.

Eddie Wynter se detenía cosa de diez minutos más tarde, ante una puerta encristalada, sobre la que campeaban dorados caracteres para anunciar:

HAL GARDINER
Agente Teatral
Cine, Radio, Televisión y Circo

Golpeó con los nudillos. Dentro hubo un movimiento. A pesar de la hora avanzada, había luz dentro de la oficina. Una sombra se reflejó en el cristal, se agrandó. Giró un pestillo.

En el acto quisieron cerrar de nuevo, al reconocerle. Era un jovenzuelo larguirucho, y de pelo pajizo, con la chaqueta brillante por el uso. Eddie metió el pie, impidiéndole su acción, y luego

estiró las manos, aferrándole por las solapas. Entró en la oficina de un empellón y lanzó contra la pared al esmirriado muchacho.

—¿Está tu patrón, chupatintas? —mascullό Eddie de mal talante.

El muchacho se encogió, vacilante. Giró los glaucos ojos hacia la puerta del fondo. En ésta se remarcó la silueta menuda, enjuta y chillonamente vestida de Hal Gardiner.

—¿Quién arma tanto escándalo ahí fuera? —gritó, malhumorado.

—Hola, Gardiner —saludó Eddie fríamente, avanzando hacia él —. ¿Cómo van los negocios?

—¡Wynter! —El otro reculó ligeramente, aunque enseguida se dominó, con una sonrisa, carente de sinceridad—. Vaya, ¿a qué milagro se debe esto? ¿Usted en el antro del odiado enemigo?

—Sí, tenía que venir. El teléfono no funcionaba bien anoche.

—¿El teléfono? —Los ojos del agente se achicaron—. ¿Qué teléfono?

—Usted ya me entiende… —Entró con parsimonia en la oficina. Un ventilador zumbaba sobre un mueble. Un frigorífico pequeño acababa de ser abierto, y se veían botellas de

«Coca-Cola»

fría sobre la mesa de trabajo, así como bocadillos y pasteles—. Vaya, se cuida bien, ¿eh, Hal? Ser agente artístico da mucho.

—Usted lo sabrá. A no ser que se haya hecho agente exclusivo de Linda Lamont.

—Y usted de los pistoleros de la ciudad —replicó viperino Eddie, girando hasta encararse con él, pétrea la expresión—. Judson 6-2020. Hal Gardiner, agente sin escrúpulos, sinvergüenza profesional y alquiler de asesinos y matones. ¿Por qué no cambia el rótulo de ahí fuera?

—¿Ha venido, a insultarme? —se excitó Gardiner—. Puedo avisar a la policía. No tiene usted buena fama entre ellos. Y menos desde anoche…

—Escuche, sucia rata de muelle —le aferró por el extremo de la ancha y horrible corbata color salmón, verde y negro, tirando hacia sí de él—. Va a decirme quién pagó a Bartok para venir a buscar el negativo, y va a decirme quién esperaba aquí el resultado de todo eso, pegado al teléfono.

—No sé de qué me habla.

—¿No? —Eddie, bruscamente, cogió a Hal por el cuello con la mano libre, y le arrastró de un empellón contra el mueble más próximo. Allí zumbaba el ventilador. Le agarró una mano, soltándole la corbata, y antes de que el agente pudiera sospecharlo, se la aproximó al aspa metálica del ventilador—. ¡Vas a hablar de una vez, maldito!

Gardiner aulló como una fiera, al sentir las yemas de sus dedos despellejadas por la hélice vertiginosa del ventilador. El escribiente quiso intervenir, pero una fría mirada de Eddie le contuvo en un rincón.

Wynter separó la mano de Gardiner del ventilador.

Los dedos sangraban, rasgados por el metal cortante. El agente artístico lloraba de dolor, retorciéndose. Eddie atacó:

—¡Vamos, quiero la verdad! Conocí tu voz cuando preguntaste quién llamaba. Luego, pasaste la comunicación a alguien que estaba aquí, junto a ti. Quiero saber quién es. ¡Vivo, o te meto la nariz en el ventilador!

Y al tiempo de hablar, le aferró por el mentón, alzándole la cabeza con fuerza.

—¡Nooo! —aulló Gardiner, debatiéndose furiosamente entre sus rudas manos—. ¡No, Wynter, no haga eso! ¡Se lo diré… se lo diré… maldito sea!

—Eso está mejor —le soltó, vigilándole muy de cerca, con mirada incisiva—. ¿Quién era?

—Me pidió por favor que le dejase utilizar mi teléfono. Esperaba una importante llamada de un tal Bartok, y no quería que en su casa se enterasen. Me dio quinientos dólares por el favor. Yo… Yo no podía saber si había algo delictivo o no, Wynter.

—Claro que lo sabías, cerdo. Si te dijo que era para hacerme a mí un daño, y te pareció de perlas. Por eso te hiciste cómplice de toda ésa felonía.

—No podrá probar nada de eso, Wynter. No tiene en qué basarse para acusarme de…

—No pienso tampoco, acusarte de nada, Gardiner. Me basta con el escarmiento de esta noche: Ahora quiero saber el nombre del que te pagó. Solamente esto.

—Me matará, por traicionar su confianza.

—Yaya. Creí que era un simple favor. Nadie mata a otro porque

refiera ese favor, ¿no crees? ¡Vamos, suelta el nombre en el acto! Y si me engañas, volveré para meterte la cara entera dentro de ese ventilador.

Gardiner vaciló, ligeramente pálido. Respiró hondo, restañándose la sangre de sus dedos. Habló lentamente:

—Era… Earl Neumann, productor de la Televisión y especialista en voces. Por eso le reconoció enseguida.

—¡Earl Neumann!

—Sí… El marido de Virginia Stern…

CAPÍTULO VIII

El barman del «Golden Club» recogió con celeridad los diez dólares que Eddie le tendió bien doblados. Miró en derredor y, sin dejar de secar un vaso reluciente como un espejo, explicó en voz baja:

—Sí, señor. Virginia Stern es cliente de nuestro local. También lo es el señor Neumann. Aparentemente no se llevan muy bien, pero yo diría que todo eso es de cara a la galería, y que en el fondo son un matrimonio bien avenido, que sabe que su publicidad puede ser ésa, la de hacer creer a la gente que la estupenda señora Neumann es desgraciada en su matrimonio. Así llueven las cartas de los admiradores, ofreciéndole su corazón y su amor sincero. Estos tipos de la TV, como los del cine, están medio chiflados y hacen cosas así.

—Es posible —Eddie respiró hondo, tras haber soportado el chismorreo—. Lo que me interesa saber es si vendrán aquí. La Emisora ha cerrado ya sus programas y no hay nadie en los Estudios.

—A estas horas ya no vienen. Se habrán retirado todos a sus casas.

—¿Sabe dónde podría encontrarles? Ignoro el domicilio de los Neumann.

—Yo también, señor. Siento no poderle ayudar.

Eddie extrajo otro billete de diez dólares, y al barman se le fueron los ojos tras de él.

—¿Y no hay modo de averiguarlo ahora? —preguntó, agitando suavemente el billete.

—Pues… espere. No sé si Archie… —Se volvió a un camarero que recogía los servicios—. ¡Eh, Archie! tú has buscado a veces taxi para Virginia Stern, ¿verdad?

—Sí, ¿y qué? —rezongó el camarero.

—¿No has oído nunca la dirección que daba, la de su casa? Este

señor tiene que verles con urgencia y la ignora.

El camarero miró con aire receloso a Eddie. Pero éste salió triunfante de la prueba, porque el otro espetó por encima del hombro, comenzando a barrer el local:

—Tercera Avenida y Calle Cincuenta, Apartamentos Lower.

Eddie asintió, anotando mentalmente la dirección. Saltó del taburete, apurando su doble *gin* con soda. Tiró al sorprendido camarero una moneda de dólar.

—Gracias, amigos —dijo, saliendo rápidamente a la calle.

Cruzó la acera hasta su coche. Linda asomó el rostro por la ventanilla.

—¿Qué hay, Eddie? ¿Algo en claro?

—Sí. Están en su casa. Y ya sé dónde es.

—¿Vamos a ir ahora allí?

—Sí, Linda. Aunque sería mejor que fuese yo solo. No debes meterte en más enredos ahora. Si volvemos a deslizamos yendo juntos, nos hundiríamos por completo.

—Quiero ayudarte. Y habiendo una mujer por medio, yo puedo resolverte más fácilmente algunas cosas.

—La señora Neumann no te mirará con demasiada simpatía.

—Yo, tampoco a ella. Vamos, Eddie, no discutas. Si cuando hoy me has telefoneado lo de Gardiner y Stern; te he pedido verte, ha sido para contribuir en algo al resultado final. Juntos nos hemos metido en este lío, y juntos debemos salir de él. ¿No te parece?

—Podemos enredamos más aún.

—Es un riesgo que correrás igual yendo solo. Y yo pido compartirlo contigo.

—Está bien —suspiró Eddie—. Con las mujeres, no hay nunca remedio…

Pisó el acelerador, y arrancó, lanzándose por la ciudad casi desierta. Empezaba a considerarse un ave nocturna que jamás podía echarse en la cama hasta despuntar el alba.

Los apartamentos Lower eran un edificio moderno y amplio, situado entre la Tercera y Lewington, a la altura de la Sesenta. Muy cerca, un *drugstore* se mantenía abierto aún.

Eddie tuvo una corazonada y detuvo el coche frente a la droguería.

—Un momento, Linda —pidió—. Voy a hacer una llamada

telefónica.

—¿A quién?

—A Sam Allgood. Me interesa el pasado de tu marido, Linda…

—¿A estas horas vas a llamarle?

—Sam es como ciertos animales de la selva. Nunca duerme de noche.

Penetró en la droguería y entró en la cabina telefónica. Marcó el número de Sam. Allgood se puso al aparato.

—¿No tienes nada todavía, Sam? —preguntó Eddie—. Comprendo que es pronto, pero…

—Poca cosa hay. Pero tal vez lo único que he sabido ya, aclare tus dudas, Eddie. Claro que falta la confirmación del Canadá, y ésa no llegará hasta mañana o pasado, cablegráficamente.

—Bien, no me importan confirmaciones. ¿Qué es lo que sabes?

—Oficiosamente, que Burt Lamont no se llamó siempre así.

—Lo sospechaba. ¿Sabes su nombre anterior?

—Sí. Con el que no era nadie, y con el que hizo su fortuna: Edgar Lawton.

—¡Edgar! ¡Bravo, Sam! ¿Eso es seguro?

—Es casi seguro. Mis fuentes informativas son muy serias. También hay algo más.

—¿Qué es ello?

—Edgar Lawton tenía un hermano.

—¿Un hermano?

—Sí. Dos años menor que él. Juntos estuvieron en Alaska y en el Yukón en su juventud. Sólo se sabe que volvió Edgar, con el nombre de Burt Lamont, a crearse una nueva vida con la fortuna que amasó allí, en trabajos mineros. Tuvo suerte.

—Eso es mejor de lo que yo podía esperar. ¿Sabes algo de ese hermano?

—Sólo que se llamaba Stuart.

—¡Stuart Lawton! Sí, Sam, es magnífico.

—Otra cosa, y ahí acaba mi informe provisional, Eddie. Esto es algo más que oficioso. Es una mera sospecha que jamás se comprobó. Algunos, han asegurado que Edgar acabó deliberadamente con su hermano Stuart, haciéndole desaparecer en las regiones inexploradas del Yukón, para quedarse con todo…

—¿Qué? —estalló Eddie, atónito.

—Lo cierto es que Stuart jamás volvió a aparecer. En resumen, se sospecha que un hermano asesinó a otro.

—Y el asesino… fue el que hemos conocido todos como Burt Lamont, de ser cierta esa sospecha.

—Eso es.

—Supongamos entonces que el presunto asesinado no murió entonces… y ha vuelto para vengarse del viejo crimen fallido y también de la usurpación de sus bienes.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —farfulló Allgood, extrañado.

—Nada. Nada, Sam, Mil gracias por todo, y sigue averiguando cuánto puedas. Creo que estoy sobre la verdadera pista.

Colgó, y salió a la calle. Linda no se había movido del coche. Le hizo una seña y salió, avanzando ambos por la acera hacia la entrada de los apartamentos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella—. Tu rostro… tiene una expresión extraña.

—Y con razón. ¿Qué dirías, Linda, si supieras que tu marido fue un hombre distinto, llamado Edgar Lawton, que amasó su fortuna siendo minero en el Norte, y que intentó matar a un hermano suyo llamado Stuart, a quien jamás han vuelto a ver?

—¡Cielos, Eddie! ¡Eso suena a disparate! ¿Tú crees que eso pudo ser cierto?

—No lo sé. No está confirmado aún. Pero está la carta. Y esa carta de Stuart… significa la resurrección del desaparecido hace años. O un truco ingeniosísimo de alguien que conocía ya esa historia, para desviar las sospechas del verdadero culpable.

—Ambos casos son posibles, Eddie… —Se detuvieron en la puerta del edificio de apartamentos—. Y bien: ¿cómo vamos a entrar ahí? En estos edificios, no permiten que a tales horas se visite a ningún huésped.

—Pero también es lo bastante amplio como para tener apartamentos libres —sonrió Eddie, dirigiéndose rápidamente al coche. Rebuscó en el portaequipajes y extrajo una vieja maleta, que llenó de objetos pesados, una lona plegada encima, para que los objetos de peso no danzaran, y una vez hecho todo eso, la cerró con llave—. Ahora, Linda, andando. ¿No te importa hacer una pequeña farsa y seguirme la corriente?

—Por una más… —La hermosa muchacha se encogió de

hombros—. Andando, Eddie…

Llegaron a los apartamentos Lower. Un conserje uniformado les miró con desconfianza cuando entraron cogidos del brazo y con la maleta colgando de la mano de Eddie.

—Buenas noches —saludó Eddie—. Somos recién casados y venimos en coche desde Albany. Unos amigos nuestros de allí nos recomendaron estos apartamentos. ¿Tienen sitio para un par de días?

—Hay algunos apartamentos libres, señor. Pero todos son de primera categoría.

—¡Oh, estupendo! Nos quedaremos en uno.

—Pero son bastante altos de precio, señor —avisó el conserje.

—Bien. Es lo natural.

—Y se abonan por adelantado, cuando los clientes son forasteros —insistió el conserje, nada deseoso de alquilarles uno.

—Muy bien. ¿Cuánto?

—Veinte dólares diarios, señor.

Eddie, sin replicar, sumó cuarenta dólares y los depositó sobre el mostrador. El conserje frunció el ceño, agotadas todas sus armas.

—Bien, hagan el favor de firmar en el registro —pidió, tendiéndoles un volumen cuajado de firmas.

Eddie asintió, tomando la pluma. Mientras escribía «Señor y señora Forbes», sus agudos ojos recorrieron con disimulo las casillas firmadas. Algunas había sin firma, simplemente con un sello de tampón rojo, indicando: «Ocupadas por cliente fijo». Y más abajo, un nombre.

Eddie alcanzó a ver, justamente antes de que le retirasen el libro, el nombre de «Neumann», bajo el sello de cliente fijo en el apartamento
875-D.

Les entregaron una llave de un apartamento en el piso doce. Un botones somnoliento les condujo, arriba la vieja maleta con aire despectivo, pero en el acto se trocó en despierto y servicial cuando vio los cinco dólares de propina que Eddie le tendió.

Una vez dentro de su apartamento, Linda no pudo menos de reír suavemente, dejándose caer en un diván.

—Bueno, Eddie. Al parecer, somos marido y mujer. Te adoro, querido… —Y rió de nuevo.

Pero Eddie estaba ceñudo, plantado en mitad de la habitación.

—Sin bromas, Linda —le atajó—. Era preciso este truco para entrar. Espero me perdones.

—Pero si tiene mucha gracia, Eddie. Y el apartamento es estupendo. ¿Te imaginas, sin embargo, lo que pensaría nuestro amigo Henderson, si supiera que ocupamos un apartamento como matrimonio, bajo nombre supuesto?

—No quiero pensarlo —se estremeció Eddie—. Ahora, escucha, Linda, voy a bajar al piso ocho a ver a los Neumann.

—¿Ahora mismo? ¿No puedes esperar a mañana?

—Imposible. Mañana, si Henderson no nos localiza a ninguno de los dos, es capaz de dar la orden de captura contra ambos. Disponemos de poco tiempo, Linda. Acaso estemos sobre una falsa pista, pero hay que agotar todos los recursos. Mañana tendremos otros a quienes dedicarnos, si esto de hoy no, falla.

—¿Quiénes? ¿Kenneth Dickson, el socio de Burt?

—Es uno de ellos. Y el otro, Johnny Powers.

—¿Johnny? ¿Te has vuelto loco?

—No podemos descartar posibilidad alguna. Ni siquiera al fantástico hermano del Yukón, exista o no. Todo esto me produce a veces una: sensación extraña, algo así como si todo se hubiera dispuesto igual que una de las grandes producciones de Burt Lamont, con una perfecta escenografía y una serie de trucos visuales para desviar los ojos del verdadero punto vital, claro y concreto…

—No te comprendo.

—Si me comprendiera yo al menos… —musitó Eddie, irritado consigo mismo.

—Eddie, deja que bajé contigo… —suplicó Linda.

—No. Esta vez no. Quédate aquí. No va a ocurrir nada. No pienso empezar a tiros con Neumann. Si es él culpable o lo es ella, o ambos en complicidad, las cosas se pondrán feas, pero puedo resolverlo yo solo. No tengo miedo, Linda. Ni tú debes tenerlo.

—Temo por ti.

Eddie se quedó mirándola. La vio, allí, erguida junto al diván, temblando y con el agresivo seno palpitando desacompasadamente por la emoción y la angustia. Era muy bella, y parecía más desamparada que nunca.

—¿Qué has dicho? —murmuró Eddie—. Repíteme eso.

—Que tengo miedo… por ti, Eddie.

Wynter avanzó hacia ella. Despacio, con los ojos fijos en la muchacha. Los dos frente a frente, Eddie habló coas voz ronca:

Linda, hasta hace poco eras la esposa da otro hombre. De un hombre que ya no existe.

—No. No, existe, Eddie… —repitió ella, mirándole alentadora.

—Las cosas… pueden cambiar en un momento, entre un hombre y una mujer.

—Sí, Eddie.

—¿Por qué te casaste con un hombre como Lamont?

—No sé. Inexperiencia, un poco de ambición equivocada… Cosas así ocurren. Y luego una se lamenta muchas veces. Pero soporta con dignidad su propio error.

—Pero ahora ese error se ha deshecho.

—Para siempre, Eddie. Soy libre otra vez. Libre como mujer, aunque me acusen de ese crimen horrible que yo no deseaba. No amar a una persona tampoco significa odiarlo. Yo no odiaba a Burt.

—Lo sé. Tú no puedes odiar a nadie… —Se inclinó hacia ella—. Y en cambio puedes amar.

—Puedo amar con pasión… Desesperadamente, Eddie —asintió ella, estremecida.

Eddie la estrechó entre sus brazos. Y ella se dejó.

Se detuvo ante la puerta del
875-D.

El corredor estaba desierto. Apoyó el dedo en el pulsador para llamar. La excusa para que Neumann le abriese estaba ya a flor de labio, para salir seguidamente.

No llegó a llamar. Una descarga eléctrica pareció recorrer todo su cuerpo. La puerta, a la presión de su dedo en el llamador cedió lentamente, sin un chirrido.

Aquello podía significar un descuido. Pero era más fácil que significara otra cosa. Una fuga. Earl Neumann y su mujer se habían fugado. ¿Por qué? ¿Eran culpables?

Era preciso salir de dudas. En el bolsillo de su americana iba la automática, presionada por sus dedos casi afectuosamente. No vaciló en empujar por completo la puerta y entrar.

El recibidor estaba a oscuras. El siguiente gabinete también.

Pero habían dejado luz encendida en una de las habitaciones.

El apartamento era gemelo del suyo propio. Avanzó con seguridad por las piezas desiertas.

Eddie Wynter llegó al umbral del dormitorio de camas gemelas. Las luces estaban encendidas. Miró al interior. Y ya no pasó de allí.

Todo parecía oscilar en torno suyo, y le flaquearon las rodillas de tal modo que estuvo a punto de rodar por tierra. Apoyándose en el borde de la entrada, se mantuvo milagrosamente en pie, frente al horrible cuadro.

Virginia Stern, hermosa como en la TV y no mucho más vestida, con sus prendas interiores sobre la carne broncínea, yacía encima del lecho más próximo, con la cabeza caída hacia el suelo, barriendo con su rubia melena el linóleo. Los ojos, muy abiertos y vidriosos, miraban a Eddie Wynter de un modo horripilante.

Algo más lejos, sobre una alfombra, yacía un hombre alto, rubio y bien parecido, a quien Eddie había visto infinidad de veces en revistas gráficas y programas televisados. Era Earl Neumann, el marido de la sensacional Virginia Stern. Estaba tan rígido e inmóvil como ella, con la cabeza doblada sobre la alfombra, y una crispación espeluznante en el rostro varonil y bronceado.

A ambos les habían matado del mismo modo. Un negro orificio aparecía sobre sus frentes, y de él escapaba un hililllo de oscuro color viscoso. El balazo había sido limpio y mortal en ambos casos…

Les ojos de Eddie se clavaron en el arma caída a dos pasos, justamente el pie de la cama donde yacía la señora Neumann semidesnuda.

Se inclinó a recogerla. Era una automática de calibre 32, cuyo cañón se alargaba con un cilindro metálico. Disparos con silenciador. Esto explicaba que la alarma no hubiera cundido.

Los Neumann habían sido asesinados.

Igual que Burt Lamont.

Eddie Wynter se dispuso a dejar donde estaba la pistola automática, extrayendo un pañuelo para limpiarla. Había sido algo imprudente al tocarla, pero de todos modos, el asesino no sería tan tonto como para, dejar impresas sus huellas en el arma.

Entonces fue cuando algo así como una carga de diez mil voltios penetró en el cuerpo de Eddie Wynter, sacudiéndolo con un mazazo

brutal e impresionante.

Una voz potente, clara, harto conocida, sonó a sus espaldas:

—¡No limpie sus huellas de esa arma, Wynter! ¡Y si trata de resistir, le coseré a tiros!

Eddie se volvió lentamente, con los ojos dilatados por el horror.

—¡Inspector Henderson! —exclamó, al ver ante sí al policía.

Detrás de Henderson, tres agentes más le vigilaban, con las manos en los bolsillos. El inspector de Homicidios empuñaba un 38 especial, amartillado. La complacencia y el sádico júbilo de su triunfo, iluminaba sus duras facciones.

—En nombre de la Ley, dese preso, Eddie Wynter —dijo rudamente el policía—. Acusado de los asesinatos de Burt Lamont, Earl Neumann y Virginia Stern… ¡Nadie va a librarle de la silla eléctrica en esta ocasión! Ni a su amiguita de arriba tampoco…

CAPÍTULO IX

Era imposible resistir, o caería bajo las balas de los policías que venían a su encuentro por el gabinete inmediato, cerrando toda salida. Eddie, con la automática provista de silenciador en sus manos, no se movió. Pero la mente sí.

Ahora ya no había remisión. Con los dos cadáveres, el arma en la mano e inscrito allí bajo falso nombre con la esposa de la primera víctima de aquella sangrienta serie, no había escapatoria ni defensa. Henderson había apretado bien sus clavijas.

Eddie no necesitaba preguntar por el oportunismo de su llegada. Otra vez, sin duda, la policía había recibido aviso. Cualquier voz, diciendo que escuchó unos ruidos en la habitación, alguien describiéndole a él. Y entonces, Henderson obrando en silencio, sin alardes ni sirenas. La llegada al edificio, justamente en el momento oportuno. El fin para Linda y para él…

Todo eso lo pensó en menos de medio segundo. El otro medio, lo dedicó a pensar una fuga, una escapatoria desesperada. Cualquier cosa antes que entregarse. Necesitaba aún ser libre. Unas horas, un día, a ser posible. Lo preciso para indagar, para buscar…

En alguna parte estaba el auténtico asesino, el culpable que arrojaba sobre él todas las culpas con diabólico ingenio. ¡Tenía que buscarlo, desenmascararle de una vez!

Y eso no podía hacerlo en una celda.

Fue algo veloz, intuitivo y desconcertante. Estaba en el umbral del dormitorio, con el pomo de la puerta junto a él… y los policías llegando ya al umbral.

Aferró el pomo y tiró de él. Un disparo de Henderson perforó la madera. Pero Eddie ya estaba a un lado, echando el pestillo con celeridad.

—¡Cargad contra esa puerta! —aulló Henderson—. ¡Romped la cerradura a tiros!

Apenas contaba con unos segundos. La puerta era débil y cedería enseguida. Eddie cruzó el trágico dormitorio velozmente, en presencia, de los dos cadáveres. Alcanzó la ventana, la alzó con celeridad y saltó al exterior. Sabía que tenía escalera de incendios, como su propia habitación.

Disparos y golpes contra la puerta sonaron a sus espaldas. Eddie corrió escaleras arriba, por los tramos metálicos, sin hacer ruido alguno. Arrojó el arma con el silenciador, y ésta fue rebotando de escalón en escalón hacia la calle posterior del edificio. Esperaba que eso les engañase un poco. Lo suficiente para encontrar una salida.

Llegó al piso doce. Encontró la ventana de su propio apartamento. Linda, en aquel momento, se asomaba a indagar la causa de los disparos y gritos… Al ver llegar a Eddie por aquel camino, iba a lanzar un grito. Eddie la cubrió la boca con celeridad y la empujó al interior del apartamento.

—¡Linda, estamos perdidos! —jadeó Eddie—. ¡Han matado a los Neumann! ¡Y Henderson está ahí, para arrestarnos! ¡Vamos, hay que escapar! ¡De algún modo podremos huir!

—¡Dios mío, Eddie…! —Ella, lívida, se tambaleó—. No podamos… huir siempre.

—¡Pero ahora es necesario… o iremos a parar a la silla eléctrica! ¡Todas las pruebas están contra nosotros!

Linda acabó por acceder. Salieron del dormitorio. Por las escaleras de incendios se percibía el rumor de pasos, las voces e imprecaciones de los agentes. Una barahúnda infernal, que les cercaba, cerrando todas las salidas.

Se encaminó sin vacilar a la puerta de salida del apartamento. Linda observó:

—Eddie, estarán ahí los agentes también…

Asintió él. Era muy posible que estuvieran. O tal vez no. Siempre existía la duda. Salieron al corredor. No había nadie. Pero la luz indicadora de uno de los ascensores subía vertiginosamente. Piso seis, siete, ocho…

—¡Vivo, por allí! —señaló Eddie la escalera—. ¡Pero hacia arriba, Linda! ¡A las azoteas!

Se lanzaron por ella. No encontraron obstáculo, y salieron a la última planta. Eddie vio una especie de armario empotrado en el muro, con puertas corredizas, y tuvo una idea.

Abrió ambas hojas. Era el montacargas. Y el cajón estaba allí, esperando a descender, como una ayuda providencial.

—Ahora, a descender, Linda —avisó Eddie—. No, hay otra esperanza…

Ella tembló, asintiendo a todo dócilmente. Eddie la ayudó a entrar en el montacargas. Ya las escaleras vibraban de carreras y voces. Cerró la puerta del montacargas y accionó éste. Comenzaron a descender a considerable velocidad. Eddie no lo detuvo hasta que no, tocaron el suelo, dotado de unos muelles con freno para el cajón descendente.

Al abrir, era posible encontrarse un cinturón de agentes armados. Pero cuando todo está perdido, hay que arriesgarse sin vacilar. Así pensaba Eddie y así obraba.

Tiró de las puertas a un lado y otro. Estaban en un sitio escuro, húmedo y angosto. Un sótano. Linda temblaba, sin despegar los labios. Eddie, siempre sujetándola para que caminase con cierta firmeza, la condujo a lo largo de un corredor lóbrego, con olor a cerveza rancia y a humedad.

Encontraron una escalera ascendente, angosta y resbaladiza. Subieron por ella. Al final, se hallaron en un sitio menos húmedo, iluminado por un fluorescente. Lo recorrieron, todo estaba silencioso y desierto.

Desembocó el corredor en un almacén de cajas da botellas de cerveza y licores. Al fondo del mismo vieron una puertecilla. Sorteando los cajones, llegaron a la puertecilla. Estaba cerrada, pero con un sistema que accionaba un recio pestillo interior, de golpe. Desde el exterior, sería infranqueable, porque era metálico. Pero desde dentro, bastaba correr ese pestillo. Eddie lo hizo así. La puerta chirrió un poco al abrirse, pero cedió. Una bocanada de aire cálido, pero confortante les azotó. Estaban en la calle, bajo las estrellas. Era un pasaje oscuro y desierto. No se veían policías. Pero se oían sus estridentes silbatos, no lejos de allí.

Y entonces fue cuando Linda se detuvo, aferró a Eddie por un brazo y habló, patética y firme:

—Eddie, procura escapar tú. Del modo que sea. Defiende cada minuto de tu libertad…

Y su respuesta:

—¡No! Me quedaré a tu lado… Correremos la misma suerte…

Y así habían seguido hablando, tal como él lo recordaba después. Ella le había convencido de que los dos juntos jamás saldrían de allí. En cambio, ella podía ir, engañar a los agentes, y mientras tanto, él… escaparía libremente. Con la posibilidad de lograr algo. Remota, pero factible.

Si no conseguía nada, si la verdad no aparecía o era cazado antes de llegar al fondo del enigma… Entonces su encuentro sería más allá de la vida.

Sobre las frías losas de la Morgue.

EPÍLOGO

Marga le había escuchado en silencio.

La mulatita no le interrumpió ni una sola vez durante el tiempo que empleó el joven en referir su dramática y violenta historia.

Ahora, tras una pausa, la joven de color le preguntaba:

—¿Y eso fue ayer?

—Anoche, sí. Logré evadirme de aquel distrito cercado. Pasé veinticuatro horas recorriendo la ciudad, Burlando a las patrullas y agentes, escuchando mi descripción por los boletines de la radio y viendo mi fotografía en los periódicos, expuestos en los puestos de venta. Soy una fiera, un ser salvaje a quien hay que destruir. Y, sin embargo, soy inocente. Nada tuve que ver en lo de Burt Lamont. Ni en lo de Neumann, a quienes creía culpables, pero nunca víctimas.

—¿Entonces, el culpable verdadero…?

—¡Oh, no sé! ¡No puedo dar con una solución clara! —exclamó Eddie, hundiendo el rostro entre sus manos.

—Vamos, cálmate —sonrió la muchacha dulcemente—. Yo te creo.

La miró, asombrado.

—¿Tú me crees? ¿Sin conocerme?

—Sí, Eddie. Veo la verdad en tus ojos, en tus palabras. Eres bueno.

—Oh, claro… —suspiró el joven—. Me olvidaba de que todos son buenos para ti.

Fijó la vista en un teléfono colgado del muro. Repentinamente, se puso en pie y avanzó hacia él. Marga le miró, entre sorprendida o inquieta. Cuando descolgó el auricular, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a Sam —dijo Eddie—. ¿Tienes miedo de que esto te comprometa?

—No, no —sonrió la mulata—. Tanía miedo de que fueras a

entregarte.

Eddie sonrió. Marcó el número de Sam. Cuando éste se puso, habló escuetamente:

—Sam, ¿podemos hablar?

—Sí.

—¿Sabes quién soy?

—Claro. ¿Me crees tonto? Habla. Mi línea no está vigilada.

—¿Qué novedades hay?

—Muchas. He seguido trabajando a pesar de lo que dicen los periódicos de ti. Yo sé que eso no es cierto.

—Gracias, Sam.

—Vete al diablo. Escucha; era cierto lo de los dos hermanos Lawton. Stuart y Edgar se hicieron ricos. Pero Stuart desapareció, y Edgar obtuvo lo de ambos, volviendo al mundo y adoptando otro nombre, el de Lamont. En Fort Liard ha estado un Stuart Lawton, sin embargo, sobre las fechas de aquella carta que citaste tú. En la estafeta le recuerdan. Su descripción viene a ser similar a la de Burt. Se ve que ambos hermanos eran bastante parecidos incluso en edad. Pero dicen que estaba como obsesionado por alguna idea fija, y apenas hablaba con nadie. Adquirió pasaje en avión para Ottawa. Y en Ottawa, un Stuart Lawton tomó pasaje en otro avión hasta Nueva York. ¿Es interesante eso?

—No lo sabes tú bien. ¿Cuándo había de llegar Stuart a Nueva York?

—Era el avión de hace cuatro días. De modo que… pongamos que llegó aquí el día de la muerte de su hermano Burt en la finca de Bronx Park.

—Sí, claro… —Fabrilmente, Eddie comenzaba a ver ya ante sí cómo ciertas cosas tomaban cuerpo. Pero aún faltaba mucho. Sobre todo un motivo, una causa. Agregó—: ¿Algo más, Sam?

—Poca cosa ya. He indagado sobre Burt, y al parecer su situación era muy precaria en fondos, No poseía la fortuna que se le suponía. Estaba al borde del desastre.

—¿Es posible?

—Sí. Las cosas estaban de tal modo, que al parecer últimamente ha defraudado, seriamente a algunas empresas asociadas con él en sus espectáculos. Abarcaba tanto, que se hundía al ir mal una temporada. Pero con el Circo Regio, con los Espectáculos Barsac y

con el productor de Chicago, Latham, tenía asociaciones en las que le habían confiado fuertes sumas de dinero para financiar espectáculos de ellos. Lamont no ha gastado un centavo de toda esa fortuna de más de un millón de dólares.

Eddie silbó.

—¿Y a dónde ha ido todo eso?

—Nadie lo sabe. Los empresarios afectados no han denunciado los hechos por no provocar un escándalo ruinoso. Pero, ahora, muerto Lamont, es dinero perdido para siempre. Ya es tarde para reclamar. Y eso es todo, Eddie. Suerte, muchacho. Di si quieres algo.

—Gracias, Sam. En esto, no puedes ayudarme tú.

Colgó. Las cosas adquirían nueva forma. Aquella anterior, caprichosa y falsa, que él intuía como una cortina de humo para esconder la realidad, iba disolviéndose por momentos.

«Muerto Lamont, es dinero perdido para siempre…» se repitió su cerebro, como un eco bajo la bóveda craneana. «Muerto Lamont, es dinero perdido… Es tarde para reclamar… Es tarde para reclamar…»

Volvió lentamente al lecho bajo la mirada de Marga, la mulatita.

«Llegó el día de la muerte de su hermano Burt…» decía otra vocecilla chillona, allá en el fondo de su cabeza. «Llegó el día de la muerte…»

Se dejó caer en el lecho, sudoroso, y angustiado. Cada pieza iba encajando, sí. Pero había una que no era posible encajar. No, a menos que… La idea le sacudió como un trallazo. Y le dejó absorto largo rato, sumido en sus ideas y reflexiones.

—El diario de hoy —dijo junto a él la voz suave de Marga—. ¿Quieres leerlo?

Ya era pleno día. Era el diario matinal, con la tinta fresca. Los titulares eran enormes, en primera página. Estaba su fotografía, mal reproducida. Y una de Linda Lamont exhibiendo las piernas, mucho más clara.

> «FALTA DE PRUEBAS CONTRA LA ESPOSA DE BURT LAMONT. EL ABOGADO OBTIENE LA LIBERTAD CONDICIONAL PARA LINDA LAMONT, SE BUSCA AL “MONSTRUO” DE BROADWAY, EDDIE WINTER, COMO CULPABLE DE LOS TRES ASESINATOS».

Ella vio el gesto de su rostro. Se aproximó preocupada.

—¿Qué te ocurre, Eddie? —preguntó la mulata, con su lindo rostro ensombrecido—. ¿Es que no te alegran esas noticias? Lo he subido para ti, por eso.

—Sí, Marga, claro que sí —le acarició el oscuro cabello dulcemente y ella sonrió, feliz—. Eres encantadora.

Le miraba fijamente. Una idea comenzaba a bullir en su mente. De pronto, tiró el periódico a un lado, y exclamó:

—Marga, ¿tú querrías ayudarme… una vez más? Acaso la última, la decisiva.

—Claro que sí —sonrió ella—. Dime lo que he de hacer, Eddie. Soy tu amiga…

El reloj de la modesta habitación en Harlem marcó las once de la noche. Eddie, impaciente, apuró su enésimo cigarrillo. La mulata había dejado junto a él dos paquetes de tabaco para que fuese acompañando la espera.

Era de nuevo el hombre sin nervios, el detective Eddie Wynter, a las puertas de la solución de un caso. Frío, metódico e impasible. Contando los minutos. Pero seguro de que el momento cumbre ha de llegar. De que el fin está próximo.

Había costado mucho ligar todos los datos. En su mente, ahora, la construcción era perfecta. Un edificio de soberbia; ambición y falta de escrúpulos. Un edificio de maldad y de infamia, creado por un nuevo Caín.

Miró con afecto la estancia donde se hallaba. Le había tomado cariño a aquella vivienda humilde y a la dulce mulatita. A ambas les debía mucho. Acaso su entrada en el mundo de Joe «Ritmo» Jack y sus amigos, había significado el hallazgo de su propio equilibrio, la caída de la venda, el encuentro violento y áspero con la verdad.

Ya no había falsas perspectivas ni deformaciones. A distancia, fríamente, codo ocupaba su sitio. Y cada ser humano su exacta dimensión, grande o pequeña, noble o abyecta.

Las once y cuarto llegaron también. Y las once y media. Más cigarrillos se apilaban, aplastados y a medio consumir, sobre el amplio, cenicero.

Eddie Wynter respiró con fuerza. Había crujido una puerta. Lenta, muy lentamente. Unos pasos cruzaban el recibidor. Sus

nervios se crisparon, tensos como cuerdas de guitarra. Pero no se movió. Por el contrario, siguió fumando. Como si no oyera nada.

Ahora fue la puerta del dormitorio la que chirrió. Entonces, Wynter fingió sobresaltarse, alzó la cabeza vivamente. Y quiso mover una mano, empuñar algo situado baje la almohada.

—Quieto, Wynter —dijo una fría voz—. Esta vez vengo yo mismo. Y a mí no me va a engañar como a la policía…

Eddie clavó sus ojos en el aparecido. No demostró sorpresa alguna. Estudió su faz rígida y tranquila, el arma que empuñaba, una automática provista de silenciador, igual a la utilizada con los Neumann.

—¿De modo que es usted? —dijo lentamente Eddie—. Bien, muy buenas noches, BURT LAMONT…

El marido de Linda Lamont soltó una breva risa entre dientes y respondió:

—Lo sabía, ¿verdad?

—Lo sospeché cuando supe que su hermano Stuart Lawton era casi igual que usted físicamente. Entonces tuvo su explicación el disparo con perdigones al rastro, utilizando un arma de caza que, además, siempre parecía más propia de él que de un hombre de ciudad.

—¿Conoce mi historia, entonces? —preguntó Burt Lamont, el productor teatral.

—A la perfección. Su aventurera juventud en el Klondike y todos aquellos parajes. La fortuna en minas, con su hermano Stuart. Acaso él fue más afortunado que usted. O acaso usted era muy ambicioso. Fingiría un accidente, y al desaparecer Stuart, dio por muerto a su hermano y cambió de nombre y ambiente, disfrutando de su fortuna y la de él. Pero Stuart no había muerto. Acaso recibió un golpe y vagó inconsciente durante años, tal vez perdió la memoria. No lo sé, ni creo que nunca lo sepamos. Pero al recobrar la razón, supo por algún medio su nombre y situación actuales. Una simple fotografía le hubiera bastado, ¿no cree?

—Imagino que sí. Siempre fuimos muy iguales, como usted dice.

—Logró engañarme el cadáver destrozado de su finca. Eso demuestra su parecido. Y si en algo se diferenciaban, la perdigonada lo borró. Usted, al saberse amenazado por su resucitado hermano, planeó esta farsa genial. Al mismo tiempo,

llegaba oportunamente, ya que su ruina era total y precisaba escapar del país con un millón de dólares ajenos. El Brasil es buen, país y no hay extradición. Me figuré que huiría, con nombre supuesto, en tanto oficialmente Burt Lamont había muerto. Unas gafas negras y ese bigote que se ha dejado crecer ahora, le disfrazarían lo preciso hasta abandonar el país. Nadie sospechaba. Esperó a su hermano, fingió que iba a discutir sus derechos, y aprovechando su buena fe, le asesinó. Lo que una vez salió mal, ahora no podía fallar. Entonces esperó la llegada de Linda y mía. Cuando nos vio cerca, disparó el arma y gritó. Pero, en realidad, debí advertir que el muerto llevaba ya varios minutos así. Se le había matado antes, y esperando el momento de hacer aparente la muerte. ¿No, fue así?

—Ciertamente —Burt Lamont llegó ante él y le quitó la pistola de debajo de la almohada, guardándosela en su chaqueta, sin dejar de apuntar a Eddie—. Es usted listísimo. ¿Ha averiguado absolutamente todo?

—Todo, Lamont. Planeó perfectamente el asunto para hallar un culpable ideal: yo. El exdetective que ya se vio en un escándalo por una mujer. Ahora, estando su esposa por medio, si usted moría en apariencia, yo era el culpable idóneo. Bastaba complicarlo un poco, detallo a detalle. Primero dejándose seguir por mí, dándome facilidades para que yo le pudiera seguir hasta «Las armas de Worcestershire» e hiciese la fotografía comprometedora al parecer contra su voluntad. Ello provocaría un incidente. Luego, al recordarlo, sería un dato acusador contra mí. A usted no le importaba en absoluto el escándalo. Iba a desaparecer dentro de poco de una manera total, y eso era lo importante para usted. Su visita a mi oficina también tenía esa razón misma. Tejer la telaraña. Pero las sutilezas, los golpes de auténtica gracia, jamás podían venir de usted, Lamont.

—¿No? ¿De quién, entonces?

—De la persona de quien yo más podía fiarme, de quien me iba envolviendo en esas redes cada vez con mayor astucia, porque a la vez se envolvía ella misma y eso la despejaba automáticamente de toda sospecha a mis ojos.

—¿Hablas de mí, querido?

Eddie se volvió a la puerta, y miró con frialdad a Linda Lamont,

hermosísima con su negro atavío y tenue velo sobre el rostro.

—Sí, Linda, de ti hablaba —dijo, sin expresión en la voz—. De la mujer más pérfida y falsa que he conocido. Ambiciosa, egoísta y capas de todo por dinero. Esa eres tú. Esa has sido tú, desde que comenzó este caso…

—¿Da modo que lo sabías? ¿Y aun sabiéndolo, me has citado aquí? —Miró en derredor, preocupada—. Burt, ¿no será todo esto una emboscada?

—No, querida —dijo Lamont, secamente—. Todo está en orden.

Pero Linda Lamont no se fiaba. Cruzó la habitación, y abrió la puerta de la cocina. Se asomó, retirándose con asco.

—Huele a guisos —dijo—. Es un sitio horrible.

—Te equivocas, Linda —replicó Eddie, duramente—. Es un sitio maravilloso: Sencilla y digno. No piden dinero ni ambicionan nada. Crean en la bondad de la gente y consideran que un amigo es el mejor don de la vida. Esto es algo diferente a tu mundo. A ese mundo podrido, de dólares y de sangre…

—¿Sermones también? —Linda enarcó las cejas—. ¿Por qué me has llamado? Aquella mulata llegó, diciendo que querías verme aquí… en secreto. Sin informar a nadie de nada.

—Y tú has informado a Burt. A tu querido Burt.

—Es más seguro —sonrió ella—. Las veces que avisamos a la policía, fracasaron ruidosamente. Y no podemos correr más riesgos. Sabías ya mucho. Ahora veo que demasiado.

—Te llamé esperando engañarte… esperando poderte matar, Linda —dijo roncamente Eddie—. Al menos, sería cierto que nos reuniríamos en la Morgue. No estaría bien que yo estuviese en las losas del depósito, mientras tú volabas al Brasil, a disfrutar de tu fortuna con tu esposo, a quien tal vez no ames, como ya me dijiste una vez con bastante sinceridad y efusión, pero que lleva dinero para ti.

—No le hagas caso, Burt. Quiere indisponernos a los dos.

—Ya veo —sonrió él—. Pero no temas, Linda; sé qué no me amas. Yo a ti, sí. Pero por mi dinero seguirás a mi lado. Lo sé, y por eso he hecho todo para obtenerlo.

—¿Matar a su hermano… matar a los Neumann?

—Era necesario. Stuart, pobre estúpido, después de tantos años de extravío, y de pérdida de la razón, la recuperó y recordó todo.

Me buscó. Era un peligro. Y a la vez, mi coartada ideal para poder huir. No me dolió mucho matar a alguien que para mí había muerto ya muchos años atrás. En cuanto a Neumann, eran peligrosos con vida. Ellos sabían que yo le pedí a Virginia Stern, buena amiga mía y nada más, que me acompañase aquel día para gastar una broma a un amigo. Al hacer la foto, no le gustó la broma y se lo refirió a su marido. Éste quería obtenerla a toda costa, pensando que podía prestarse a equívocos, sobre todo cuando supo que Burt Lamont había sido asesinado. Por eso creo que le hizo una mala faena con unos individuos alquilados, pero eran unos pobres infelices y usted les dio una dura lección. Al decir usted que quería interrogar a Virginia Stern y a Neumann, Linda me avisó al lugar donde yo me ocultaba todo ese tiempo. Era preciso evitarlo, o ellos contarían lo del encuentro amoroso simulado, y usted sospecharía la verdad: que todo era una trama urdida por Linda y por mí. Su referencia a mis amores con Virginia, la facilidad que tuvo para seguirme, el hecho de que la fotografía de su beso en el camerino resultara tan oportuna y tan comprometedora a la vez… sobre todo encima de mi supuesto cadáver…

—Esa fotografía me atormentó muchas veces. Tenía algo raro, y lo descubrí precisamente hoy, al ver todo claro. No había sido hacha desde al pasillo sino desde el cuarto de duchas del camerino, donde usted estaba escondido sin duda… y allí sonó el ruido al besarme Linda con tan bien fingida espontaneidad. Por eso no vi a nadie en el pasillo.

—La fotografía era una dura prueba contra ustedes dos, Wynter, hallándose en la casa del crimen. Linda le llamó cuando la tuvimos revelada y yo escribí un anónimo. Ella le contó la historia, y usted obró como yo esperaba: yendo a buscarme, para aclarar definitivamente los hechos. Esperaba su llegada, suponiendo sus reacciones, lógicas en un hombre enérgico y que ha sido detective privado y sabe desenvolverse en tales casos. Disparé al aire y grité del modo más horrible que pude, ocultándome luego en la ducha. Cuando, usted entró a por el rifle, le golpeé. Simultáneamente, Linda gritó, tal como habíamos previsto.

—Entre Burt y yo te registramos, dejando la fotografía sobre el muerto. Burt también depositó en el buzón la carta que recibió semanas atrás de Stuart, para que tú te desviaras en una falsa

dirección. Lo importante era no dudar de la identidad del muerto. Y eso parecía cosa hecha —Linda sonrió, divertida.

—Después, golpeé a Linda suavemente. Al parecer la di un poco más fuerte de lo previsto, pero eso dio verosimilitud a la cosa. Se quedó tendida allí, como atacada también.

—Todo muy hábil. Avisó a la policía, diciendo que había oído el disparo y el grito, y que era un vecino o un transeúnte, y se marchó. Pero yo me recuperé a tiempo y huimos. Eso le complicó algo las cosas, pero no mucho. Porque la fotografía era un detalle contundente. Y en el rifle había impreso usted las huellas, durante mi desvanecimiento, depositándolo luego dentro de mi coche al salir. Todo estaba a punto. Pero volvió a fallar, porque yo apelé a abogados y tretas legales, y Henderson, pese a su odio contra mí, me soltó. Que soltara a Linda, era algo previsto, porque en realidad, las pruebas fuertes eran contra mí, y llegado el momento, Linda sería puesta, en libertad condicional. Momento que aprovecharían para, con los pasaportes falsos y pasajes dispuestos de antemano, tomar el avión hacia Brasil.

—No se le olvida un detalle, ¿eh, Wynter? —dijo burlonamente Lamont.

—Claro que no. Debí sospechar de Linda cuando fuimos a los apartamentos. Mientras yo hablaba en el «Golden Bar» con los camareros, ella debió acercarse a un teléfono público que había justamente enfrente, y le llamó a usted, avisándole el peligro. Entonces se anticipó a nosotros y fue allí a matar a los Neumann, avisando después a la policía, en cuanto nos vio llegar a la casa. Linda se encargó de entretenerme el tiempo preciso para dar tiempo a Henderson. Me cazaron, y volví a huir, pese a que Linda intentaba por todos los medios evitarlo, fingiendo fatiga y desaliento.

—Cuando te fuiste, acudí a la policía y me entregué, refiriendo cómo me habías obligado a seguirte en todo —rió ella, alegremente —. Henderson se lo tragó. Está deseando tenerte en sus zarpas. Lástima que cuando lo haga, tú habrás muerto, Eddie. Suicidio, claro. Acorralado y sin esperanzas, terminaste con tu vida. Y caso cerrado. Yo rezaré por ti, desde el alegre y luminoso Río. Serás un recuerdo melancólico, Eddie.

—No, Linda. Dijiste que nos veríamos en la Morgue. Es más frío y terrible que Río de Janeiro, Linda. Allí tienes que ir, para cumplir

tu promesa.

Ella, nerviosa, soltó una seca carcajada. Miró a Burt con cierta ira.

—Vamos, querido. Acaba con él. Esa chica, la mulata, puede volver a sorprendemos.

—Es verdad —asintió Burt—. No le dará tiempo de nada. Adiós, Wynter. Y enhorabuena por su astucia… Lástima que no le sirva de nada adónde va…

Eddie Wynter le miró apaciblemente, con un brillo burlón y gélido en los ojos, cruzado de brazos sobre la cama. Burt tuvo la repentina intuición de que algo extraño sucedía a sus espaldas.

Se volvió en redondo. Quiso utilizar el arma. Pero el sargento Nelson fue más rápido que él. Se le anticipó en casi un segundo, apretando el gatillo de su voluminoso revólver de reglamento por dos veces.

Lamont se dobló, tosiendo secamente, con el estómago agujereado en dos sitios. La automática resbalaba de sus dedos.

Fue Linda quien, rápidamente, la empuñó, dirigiéndola con celeridad mortífera hacia Eddie Wynter.

Pero. Eddie ya no estaba desarmado. Del embozo de le sábana había extraído un viejo revólver cargado y amartillado. Lo enfiló hacia ella sin vacilar. Hizo, fuego. La bala se incrustó en el seno izquierdo de Linda Laman.

Ella vaciló, abriendo mucho los ojos, clavados vidriosamente en Eddie. No parecía creer lo que le ocurría, Huyó su arma de sus dedos, oscilo, a punto de caer. Eddie Wynter habló con voz ronca:

—Lo siento, Linda… Me hubiera gustado, otro final. Pero no eras buena… y no pudo ser.

—Eddie… me has matado… —jadeó ella, tambaleándose.

—Sí. Igual que tú me hubieras matado, a mí. Era cuestión de rapidez. Yo esperaba eso, Linda. No amas a nadie. No eres capaz de amar a persona alguna. Sólo al dinero…

—Acaso… me equivoqué toda mi vida —musitó Linda, mirándole con intensidad—. Ahora que… me muero… creo que te quise, Eddie. A mi modo. Y te quie… te quiero.

Se abatió de bruces. Hubo un silencio en la estancia cuando ella se quedó inmóvil. Eddie miró fríamente al sargento Nelson, a Marga, que contemplaba llena de horror, desde el umbral, la trágica

escena de los dos cuerpos caídos en tierra. Lamont aún vivía. Varios hombres aparecieron detrás de Nelson, y éste dio secos órdenes, para qué se hicieran cargo del herido, llevándole a una clínica.

—Si se salva, irá a la silla eléctrica —dijo Nelson a Wynter, acercándose a él—. Bravo, muchacho, ha sido toda una hazaña. Cuando la chica me contó lo que usted le encargó, creí escuchar una fantasía; Pero yo no soy Henderson. Hice desenterrar al supuesto Burt Lamont y comprobar sus huellas dactilares. No eran suyas, desde luego. Y sí eso era cierto, como la mulata me contaba, todo lo demás podía serlo también. Busqué en las listas, de pasaje para Río, y encontré dos muy interesantes: señor y señora Lawton, tal como usted suponía. Para dentro de doce horas.

—Muy a tiempo llegamos, sargento.

—Sí, Wynter, muy a tiempo. Creo que este caso le costará la carrera a Henderson.

—Será una pequeña satisfacción para mí —sonrió Eddie.

—Bueno, ya es hombre libre. Tal como aconsejó que me dijera la mulata, vigilamos esto en forma muy disimulada, Seguimos a Linda Lamont, pese a sus trucos por eludimos, y escuchamos desde el patio primero y por la escalera después, cuánto aquí decían. Hay varios testigos de la policía a su favor, Eddie. De modo que ya nada hay que temer.

—Gracias, sargento —Eddie le estrechó la mano—. Desde un principio, me pareció usted el hombre en quién confiar en un caso de apuro, severo, pero íntegro y honesto.

Se volvió despacio hacia Marga, la mulata, que se retiraba, lenta, humildemente.

—Ven tú aquí, pequeña —pidió Eddie suavemente—. Tú eres la otra heroína del caso. Cumpliste todo muy bien. Ellos no sospecharon nada. Pero te aseguro llegué a temer que todo fracasara, Era demasiado para ti, criatura. Y ese viejo revólver de Joe «Ritmo», dista mucho de ir como su trompeta. Me asustaba pensar que pudiera fallar en un momento dado…

—No falla —sonrió ella—. Joe tiene buenas cosas. Es buen hombre.

—Sí, Marga. Todos sois buenos aquí —Eddie suspiró, retrepándose en el lecho—. Creo que ya debo desalojar tu casa, pero me encuentro a gusto en ella.

—¿Por qué no te quedas para siempre? —dijo Marga, con encantadora suavidad.

Eddie vio cómo retiraban el cadáver de Linda Lamont. Hermosa y rígida, pálida y con una mancha roja sobre su seno. Hizo un ademán con su mano, hacia ella.

—Adiós, Linda —se despidió roncamente—. Ya no nos veremos en la Morgue…

Volvió a mirar el rostro bello, sensible y luminoso, de la muchacha de color bronce y asintió muy despacio. Con una luz nueva en los ojos.

—Sí, Marga, no es una mala idea. Ni mucho menos. Creo que quedarme aquí para siempre… sería maravilloso. Pero no puede ser.

—¿No? —el desencanto asomó a los grandes ojos expresivos—. ¿Por qué?

—Sería… Sería preciso que tú fueras algo mío. Mi esposa, por ejemplo.

—¿Tu esposa?

—Eso es. Tendrías que casarte conmigo.

—Claro —ella inclinó la cabeza, húmedos los ojos—. Y tú… tú no puedes pensar una cosa así.

—No es eso, Marga. Es que… apenas si te conozco. Y eres joven para mí. ¿Tú crees que serías capaz de elegirme a mí por marido?

—¡Sí! —exclamó entusiasmada ella.

Eddie suspiró, reclinándose en el lecho. Extendió una mano y encontró la de la muchacha bronceada, bajo la mirada risueña del sargento Nelson.

—Creo que tienes razón, después de todo —dijo Eddie lentamente—. A veces no hace falta conocer a una persona mucho tiempo para saber que se la ama, Y esto me gusta, Marga. Tu casa, tu ambiente, tu mundo… y tú misma.

De repente, se encontró con la mulatita sobre él, cubriéndole de besos y de llanto.

Eddie, sin saber qué hacer, se encontró también besándola.

Y comprendió que aquella dulce criatura haría olvidar pronto el recuerdo amargo de la otra mujer. De la que nunca mereció ser amada.

De la que ahora viajaba hacia la Morgue a una cita que jamás se cumpliría.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 - LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B. - SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 49 CIUDAD TRUJILLO

ECUADOR: Agencia Selecciones - Aguirre, 717. GUAYAQUIL.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA: Des Angles International, 408 East, 11St. - **New York, 23 N. Y.** (Para bolsilibros).

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 - GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 - MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones 29 Este, núm. 5-51 - PANANA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450. LIMA.

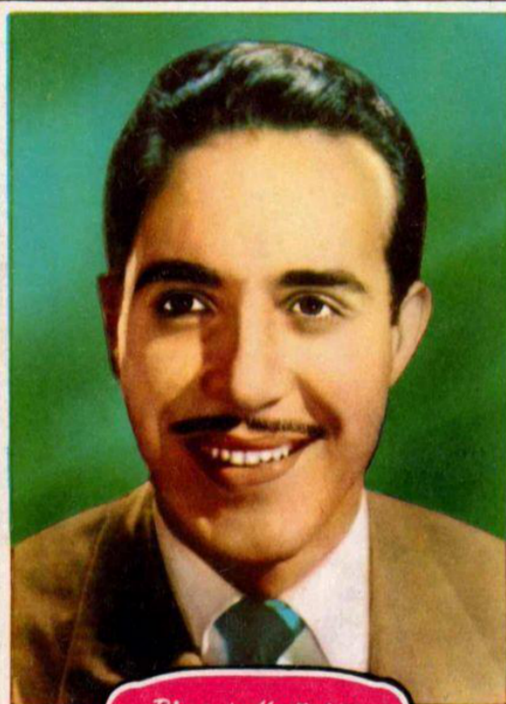
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS





Nació en Méjico el 25 de noviembre de 1920. Su primera película rodada en Hollywood fue: "Fiesta brava". De sus películas destacan: "En una isla contigo", "Fuego en la nieve", "Sombrero" y "Sayonara".

Foto Filmax

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain